



José de Benito

▽△

▽△

Apuntes de la España liberal

De Estampas de España e Indias

▽△

I. Precursores de afrancesados

▽△

Preludio y tres estampas matritenses

La crisis de crecimiento en Francia, su mala administración y las doctrinas de los filósofos del siglo XVIII, roturaron, sin sospecharlo, el campo revolucionario, preparando el derrumbe de los monarcas sucesores de San Luis.

Fue un noble, el Barón de Montesquieu, quien con sus *Cartas persas* (1723) y el *Espíritu de las leyes* (1748) abriera el camino al pensamiento libre en el examen crítico de instituciones hasta entonces tabú.

D'Alambert, Diderot, Mably, Raynal, Voltaire y Rousseau llenan con sus escritos el solar de Francia; se cartean con príncipes, aristócratas y abates; difunden en una sociedad que se encuentra en postura incomoda la «manía de pensar» y alumbran, sin colegir su alcance, las fuentes de la futura Democracia, rojas en el turbión revolucionario de sus primeros pasos.

Se afanaron los enciclopedistas por alcanzar las cumbres de las naciones en sus más caracterizados dirigentes, y el rey Federico en Prusia, Catalina en la Corte del viejo imperio de los zares y los ministros de Carlos III en España, recibieron el soplo de sus doctrinas, con el afán resuelto y sincero de aprovechar en beneficio de los pueblos las nuevas concepciones.

Acaso el colofón de aquellos filósofos no rebasó nunca en su concepto la Constitución francesa de 1791. Monárquicos eran Montesquieu, Voltaire y Mably, y los que como Diderot no estimaban forma útil la monarquía, ni aun en lo más recóndito de su pensamiento imaginaron una república para Francia.

-108-

España había llegado al siglo XVIII impregnada de la tristeza de los últimos Austrias, y el ansia de vivir apuntaba en el alma de aquellos de sus hijos soñadores en un mañana mejor. Así se forja por el padre Feijoo su *Teatro crítico universal* para desengaño de errores comunes, y así también por forcejeo contra el atrevimiento peligroso que significaba su sana orientación, se topó con el Tribunal del Santo Oficio, de cuyas manos hubo de sacarle el bondadoso rey Fernando VI, a quien había deleitado la lectura de la obra de Feijoo.

Como a lo largo de casi toda la Historia de España, es en ella donde se encuentra el inicio de las buenas doctrinas y no obstante su cuerpo vuelve luego con el marchamo de la extranjería.

Si Blanco White aprendió en el padre Feijoo a raciocinar, a examinar y a dudar, también hubieran podido en él saciar su sed de humanidad los Jovellanos, los Campomanes o los Conde de Aranda, que aspirando al viento

ultrapirenaico se olvidaron de la brisa gallega tan vivificadora como aquel y de mayor raigambre hispánica.

Sino doloroso el de la hispanidad, que cuando encuentra un vocero, lo ha de ser a la manera ciega y torpe de un Bartolomé José Gallardo, capaz de afirmar que «poner el francés a la altura del castellano, es lo mismo que comparar el chiflo de un castrador con un órgano»; o del anónimo autor de un *Catecismo civil*, en el que a la pregunta de si es pecado matar a un francés, se responde: «No, padre; por el contrario, se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.»

El hecho es, sin embargo, que a partir de la publicación del *Discurso preliminar* de D'Alambert a la *Enciclopedia* (1751), los aires de París -aires de fronda y de revuelta- se filtran por los collados del Pirineo para ejercer su influjo en el solar del Cid, tan exhausto como necesitado de aciertos en la política exterior y en la interna.

Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, cada cual a su modo, son reflejo y juguete de remolinos, formados unos -109- en los alrededores del Temple o la Bastilla, y otros provocados por hombres de toga y publicistas, idealistas o ambiciosos, que lanzaban desde sus rincones de la provincia francesa, en miles de ejemplares, libelos e invectivas, alimento apropiado para el incendio que latente alentaba en el corazón de un pueblo cansado de fastos en la Corte y miseria en sus casas.

Las proclamas de Desmoulins en su *Filosofía al pueblo francés*; de Robespierre en Arrás o de Mirabeau en Aix, haciendo llamamiento a las naciones arlesiana o provenzal, y los *Avisos a los buenos normandos* que lanzara Thouret en Rouen, se difundían por España como si fuera cierto el «no más Pirineos» del Rey Sol, y calentaban los meollos de los buenos súbditos de Su Majestad Católica, de tal modo, que la prohibición de introducir en los reinos ejemplares de la *Enciclopedia* decretada el año 1784 no hace más que servir de estímulo y acicate a las lecturas subrepticias tan en boga siempre por la «piel de toro ibérica».

* * *

Voltaire bebía los buenos vinos que su amigo el señor Conde de Aranda le mandaba, agradecido a las ideas que aquél suministraba al magnate español. Montesquieu y Rousseau, pusieron, con décadas de anticipo, las bases de la gran Constitución «doceañista»; y el golpe que expulsó en 1763 a la Compañía de Jesús de las verdes tierras de la dulce Francia, tuvo su redoble en posterior labor conjunta de Moñino y Aranda al poner a la firma de Carlos III el decreto, aprobado en Roma y *favorablemente informado por la mayoría del episcopado español*, que lanzó del «ruedo ibérico» a los discípulos de San Ignacio.

Francia dirige el pensamiento español cuando más necesarias le son a éste directivas propias; y los lutos del desastre de Trafalgar a que condujo nuestros barcos el francés Villeneuve, por deseo de Napoleón e inconsciencia del apuesto extremeño don Manuel Godoy, son desvalida -110- aurora del sangriento amanecer de la Independencia en que el puro sentido difuso españolista del pueblo se revuelve contra una tutela ya desenguantada. Y por el mismo fondo de atávico respeto que hacía gritar a los comuneros de Nueva Granada: ¡Viva el rey y abajo el mal gobierno! -cuando el gobierno lo sostenía el rey-; los españoles que se batían por una libertad que su monarca cobardemente enajenara, caían bajo el plomo francés brotándole a los labios, junto a la roja flor de su heroica sangre vertida, el grito incomprensible de ¡Viva el rey Fernando!

-111-

▽△

II. Madrid, 1760

▽△

Estampas de un domingo septembrino

▽△

I. El ambiente

Madrid se agita en las primicias del reinado de Carlos III bien acogido por sus leales súbditos al suceder a su hermano don Fernando, el sexto de este nombre, muerto hace un año.

Plaza de las Descalzas Reales. Sillete de tijera al brazo, velo negro de blonda o tul y recogida la falda en gesto limpio y pudoroso, doncellas, damas y dueñas madrileñas se acercan con recogimiento al señorial templo, cuya campana grande repica el tercer toque de la misa de doce que por especial gracia de Su Santidad se dice en este convento.

A la solana del monasterio y bajo las acacias del jardín público descansan en corrillos los eternos paseantes en cortes. Capas y sombreros que años más tarde habrán de ocasionar un motín, se agitan en saludos y cuchicheos. Y el comentario sobre el afán novedoso de que parece imbuido el rey nuestro señor y las noticias quo de tierras de Francia traen los «enterados» saltan jubilosamente en «confidencia» de lengua a oído y de oído a lengua, dando vuelta a la plaza para lanzarse luego por la Villa y Corte.

-112-

▽△

II. Monte real de El Pardo

Hora de mediodía. Por las jaras que rodean el palacete de la Zarzuela un buen burgués persigue afanosamente los bandos de perdices. Tricornio y polainas negros. Peluca y plastrón blanco que le sujeta el cuello. Amplia banda de seda azul asoma por entre la casaca verde que, abierta, deja ver al cinto el cuchillo de caza. El buen burgués lleva en su mano izquierda y a punto de terciarla soberbia escopeta. Delante, a veinte metros, tres perros perdigueros de fina planta. Detrás, un guardabosque y un escopetero le sirven la escolta.

Los perros jadean al quedar de muestra junto a un chaparro. Perdices de abultado buche levantan con estrépito de entre las matas de romero, para salvar en apurado vuelo, a riesgo de tropezar con un plomo certero, la primera loma del horizonte. El cazador, al ir a disparar advierte -acaso por el peso del arma- que su estómago reclama el alimento, y sin oprimir el gatillo descansa la culata en el suelo, llama a sus perdigueros y dirige sus pasos y su nariz prominente hacia el pabellón del cazadero seguido con respeto y a distancia por sus dos rústicos monteros.

Tras su ejercicio matinal, el buen rey don Carlos III, entre su sopicaldo y un estofado, sueña en hacer de su reino un país progresivo y liberal.

▽△

III. El mesón de Botín

Recién pintada, la muestra del mesón se balancea llamando miradas de curiosos que pasan por la plazuela de Herradores. Un lechoncillo sonrosado sostiene entre los dientes verde ramo de perejil. Bajo el emblema, -113- el propio mesonero -amplia panza y blanco mandilón- sonrío al ver aparecer por la calle de las Fuentes, braceando en corto, el tronco de alazanes que va enganchado a la carroza del señor Conde de Aranda. No es el primer domingo que el señor conde se entrevista con algún amigo en uno de los comedores reservados, que desde el 25 de enero de 1620 albergan elevados personajes, y hace poco llegó preguntando por él un caballero como de treinta años, con acento murciano y buen aspecto, a quien ha hecho pasar a su mejor comedor del primer piso.

Servilón y jovial el mesonero se adelanta a la puerta del coche, apenas éste se detiene, de la que, abierta, desciende con el paso firme que conviene a su condición de militar y aristócrata en sus cuarenta y dos años, el ilustre prócer aragonés señor Conde de Aranda.

Siluetta fina y nerviosa la del señor conde. Mirada penetrante. Cejas en buen arco. Nariz aguileña y frente despejada que recorta una peluca cuidadosamente rizada y empolvada. La chorrera de encaje de Bruselas asoma por entre la casaca negra de terciopelo, bordada sobriamente en solapas, hombros y bocamangas.

-Bienvenido a esta humilde casa, mi señor conde -dice respetuoso el mesonero.

-¿Ha llegado un amigo? -interroga el de Aranda.

-Hará unos diez minutos que espera en el comedor reservado, señor conde
-responde el dueño del mesón.

Y el prócer y el plebeyo se adentran en la casa, seguidos por la vista de los concurrentes del mostrador; suben la angosta escalera que conduce a la segunda planta y el visitante penetra en la salita donde sale ceremoniosamente a saludarle su invitado. Se cruzan palabras corteses de afecto, siéntanse, y concienzudamente dan cuenta de un besugo al horno y un dorado lechón que riegan con añejo valdepeñas servido en panzuda jarra de Talavera.

Se habla de América y del comercio de Indias; de un proyecto del Conde de Peñafiorida para impulsar los estudios económicos en las Vascongadas; de otro del -114- propio señor Conde de Aranda para reformar y embellecer el antiguo Prado de San Jerónimo; del Concordato de 1753 que afirma la autoridad del poder real a propósito de unas regalías. Pero se advierte que la conversación no ha llegado al tema que interesa.

Terminado el almuerzo, el compañero del de Aranda dice:

-Y ahora, mi querido conde, que he colmado mi legítima impaciencia, entreteniéndola gracias a vuestro ameno disertar y a los manjares que este picarón de Botín nos ha servido, dígame su merced esas noticias de que me hablara ayer sin concretar.

-Son nuevas de mi amigo Arouet, llegadas el viernes por la última posta de Ferney. Parece que en París no se ve fin a la guerra con Prusia y la marcha no es nada favorable a los aliados. Las gentes no recatan su malestar y aunque monsieur le duc de Choiseul hace esfuerzos por reparar las consecuencias de estos cuatro años de guerra, el gran Voltaire me dice que es preciso adelantarse a las exigencias cada vez más concretas de un pueblo harto de razón y de paciencia. Mientras tanto, él está trabajando en un diccionario filosófico en el que confía poner en claro muchos conceptos políticos. Las nuevas ideas se abren camino y la admirable labor del Barón de Montesquieu no se ha interrumpido con su muerte. Pero lo que hay de más interés en todo esto, amigo Moñino, es que hoy las ideas no conocen fronteras y la labor de estos grandes pensadores franceses puede y debe ser aprovechada por los españoles para sanear nuestra hacienda, mejorar nuestras universidades y colegios, elevar la condición de las colonias de Indias, organizar nuestro comercio, harto raquíptico, y en una palabra, amigo mío, lograr, como me dice mi amigo Voltaire, con sumo acierto, que desaparezcan los obstáculos que se oponen al triunfo de la justicia hasta aquí maltrecha por los apetitos desenfrenados de unos cuantos ciegos y ensoberbecidos.

- Me alegra cuanto vuesa merced me ha dicho -declaró el interlocutor del conde-, porque, a lo que yo -115- creo, la experiencia será aquí posible gracias a la excelente disposición de ánimo de nuestro rey don Carlos.

-Tal es, en efecto, mi opinión, y estimo que de nuestro esfuerzo dependen la paz, el bienestar y la tranquilidad de las Españas, y así habremos de procurarlo poniendo en ello los mayores empeños. Pero todo esto, amigo mío, quede por ahora entre nosotros y sírvanos para como dijo Dido a Eneas: «Non ignara mali, miseri, succurrere disco», que en buen romance podemos traducir por «Conociendo yo el mal, podré socorrer a los desdichados». Mas creo que son las dos y media las que han sonado en San Ginés, y es hora de separarnos.

Con las mismas zalemas que a la entrada, el mesonero los acompaña hasta la puerta; salta ligero a su carroza el señor conde; se aleja don José Moñino

con desenvuelto continente, atravesando la plazuela que otrora fuese lonja de contratación de servidores y mozos de sillas de manto, para dirigirse hacia la calle de Atocha, y la sonrisa maliciosa del dueño del mesón llena de nuevo su rostro, mientras al trote de sus caballos se pierde la carroza en dirección de la carrera del Arenal camino de los Recoletos.

Bogotá, a 31 de mayo de 1939.

△

III. Los clubs y las sociedades literarias españolas

▽△

De los «caballeritos de Azcoitia» al Ateneo de Madrid

Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir.

Gaceta del 3 de mayo de 1823; de un documento
que publica la Universidad de Cervera.

Sentimiento religioso de catolicidad y sincero afán de incorporarse al progreso humanístico de las ideas liberales se amalgaman en la mente española del siglo XVIII, produciendo terreno apropiado para absorber el caudal de cultura irradiado en la Europa precursora de los derechos del hombre y del ciudadano. La sequedad teológica de nuestros moralistas del XVI y el XVII; el dique que al libre divagar del espíritu había puesto el concepto ibérico

de lo *non sancto*, con más el régimen procesal «suasorio» de la jurisdicción eclesiástica; la intangibilidad de atributos de la realeza; y la válvula de escape al sentido heroico y aventurero que las guerras de Europa y la fortuna en Indias fueron para los disconformes, habían resecado el intelecto hispánico, ávido de las savias cultas alumbradas de tarde en tarde para ser soterradas entre aspavientos y latines.

No es de extrañar, pues, que con tales antecedentes la sed de cultura estallase con proporciones casi de plaga nacional en el momento en que monarcas de espíritu benévolo, hechos a otros ambientes, abrieron, aunque con cautela, la espita de las fuentes de Minerva ya a punto de obturarse por su prolongado desuso. Al páramo que los fuegos del justicia requemaron, sucedió -117- el jugoso prado de los frescos pastos en que calmar la dolorosa apetencia del secular ayuno. Y fue, en efecto, en las más verdes y jugosas de las tierras de España, abiertas por sus costas y el tráfico de sus naves a todos los comercios -que el de las mercancías engendra inevitablemente el de las ideas-, donde se concretaron los primeros fulgores del renacer. Es Jovellanos, nacido en las Asturias y regado por las salpicaduras de la mar bravía de Gijón, quien primero se atreve a discurrir por los laberínticos pasos de la Justicia, sin atormentar su cráneo con la peluca rígida y empolvada que entre sus cosméticos llevaba prendidas las viejas fórmulas amparadoras a las veces del desafuero legal. Y son Javier María de Munive y Manuel Ignacio de Altuna, paisanos de los viejos pilotos de la ría de Bilbao, los que primero fundan con sentido orgánico un laboratorio del pensamiento en Azcoitia.

* * *

Las noticias de Amberes, de Amsterdam, de París, de Ginebra, se adentran por la ría y por sus caseríos, repartidas por los hombres de mar, sucesores de los que hicieron el comercio con las estampas de Flandes y con los puertos de La Rochela y Brest; los libros, fresca aún la tinta de las prensas de Europa, llegados junto a la pacotilla del marino, van abriendo con los surcos paralelos de sus letras la feraz y despierta inteligencia de caballeros, clérigos y comerciantes, que unos por negocio, otros por sus viajes y otros por su

afanosa vocación de estudio, leen, como si estuvieran en romance paladino, las novedades venidas de Inglaterra y de la Francia precursora.

Las casas de las villas vascongadas se animan por las noches, y entre el alegre departir de los sucesos locales, las partidas de naipes, el comentario a la avería ocurrida a una nave en el golfo de Gascuña y la denuncia de una nueva mina en el monte cercano, quien tuvo la fortuna de digerir el último libro, ilustra a sus contertulios con la impresión recibida, que se discute, se -118- contradice o se apoya, según el rinconcillo de donde surja el parlamento. Cada cual, al llegar el instante de disgregarse, el momento del cada mochuelo a su olivo, piensa que le quedó lo más sabroso aún en el buche, y se promete no perder la velada siguiente, en la que habrá de responder a don Jacinto o al padre Salvador sus objeciones de última hora sobre el fundamento natural del pacto de Juan Jacobo Rousseau que él defendiera.

El hábito polémico va desplazando el comadreo. La afición a las justas académicas y la necesidad de preparar las armas, crea espontáneamente un orden de materias, y los primeros reglamentos sobre lugar de reunión, duración y distribución de tiempo, así como los temas, se fijan ya en Azcoitia en 1748:

«Las noches de los lunes se hablaba solamente de matemáticas; los martes, de física; los miércoles se leía historia y traducciones de los académicos tertulianos; los jueves, una música pequeña o un concierto bastante bien ordenado; los viernes, geografía; el sábado, conversación sobre los asuntos del tiempo, y el domingo, música.»

He aquí el cuadro que nos da Santibáñez de aquellas tertulias azcoitianas sobre las cuales edificaron Munive -marqués de Peñaflores-, Altuna y Narros, el año 1764, la famosa Sociedad Vascongada que el propio marqués dirigió y de la que salieron en ejemplar estímulo el Seminario de Vergara y las innumerables Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que dice con acierto un historiador: «Los planes concebidos amorosamente por los Amigos del País están puntualizados en la memoria que elevaron a Carlos III, abogando por el mejoramiento de la agricultura, la repoblación forestal, el

fomento de la industria y el comercio, etc., y anticipando los conceptos y las palabras que tantas veces han sido lanzadas al país por las llamadas “fuerzas vivas”, en términos apremiantes, sin cambio sustancial de contenido; persistencia de temas que tanto demuestra la clarividencia de aquellos bien intencionados varones, como la desidia de sus descendientes.»

-119-

Pero volviendo a nuestros buenos vascos, más modestos en los fines y más eficaces en el rendimiento, que cumplidamente supieron llenar aquéllos, los «caballeritos de Azcoitia» cultivaron la inclinación y el gusto hacia las ciencias, bellas letras y artes; corrigieron y pulieron las costumbres; desterraron en gran medida el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y estrecharon más la unión de las tradicionales provincias vascongadas; o lo que es lo mismo, pusieron en marcha la «peligrosa novedad de discurrir», que, a pesar de los frenos, persecuciones, incidentes, amenazas y torturas, sufridas por sus cultivadores, se ha ido abriendo camino paso a paso por entre los barrotes carcelarios, las condenas al destierro y a la miseria, y las ejecuciones, rebrotando como el ibérico Guadiana con el caudal más limpio por la depuración que el filtro de su curso oculto significa.

* * *

La política liberal carlostercista se anubla en los comienzos del siglo XIX; la ambición del general Bonaparte, anticipo paralelo de los «espacios vitales», provoca, primero, los temores del Príncipe de la Paz, y cuando el de Asturias con cautelosa y repugnante trama logra la abdicación de Carlos IV, casi al repique de las botas de los granaderos napoleónicos que pisan fuerte por las calles de Madrid siguiendo al Duque de Berg en su entrada triunfal por la capital de las Españas, los intelectuales españoles se encuentran en la más dolorosa de las encrucijadas. ¡Momento de intenso dramatismo para los que habiendo bebido con amor las doctrinas de la igualdad y la fraternidad en su fuente originaria, se ven ante el problema de defender su patria, contra un invasor, rector de un pueblo al que debían su pensamiento, o unirse a él para caer en el desprecio y en el odio de los patriotas!

Floridablanca, ya octogenario, y Jovellanos, que hacía tiempo se había percatado de la tormenta amenazadora que pugnaba por salvar las crestas pirenaicas, supieron -120- resolverlo con la altivez del caso, presidiendo aquél la Junta Central, constituida para arrojar al invasor, y éste en respuesta memorable a la invitación que Sebastiani le hiciera para ligarle a las águilas triunfantes de Napoleón.

«No lidiamos -respondía el autor de la *Ley agraria*-, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia.»

Otro sector que anhelaba para España libertades y progreso y consideraba tan pegadiza la familia Borbón como la Bonaparte, con la ventaja en favor de esta última de la legislación impuesta por Napoleón en los territorios conquistados y las promesas encerradas en los primeros decretos promulgados en nombre de José I -abolición del Santo Oficio, reducción de conventos, etcétera-, se sumaron ciegamente a las legiones del Corso, justificándose a sí mismos un papel en el liberalismo europeo, y fueron despectivamente señalados por el pueblo en armas, que había jurado exterminar al último enemigo antes que permitir el brote de raíces en tierra hispánica de la dinastía Bonaparte.

El cataclismo perturba líneas y conductas, y se da el caso de que un Moratín, después de haber escrito en su carta al abate Melón el panegírico más desenfrenado del absolutismo y la defensa de los privilegios de casta y fuero, abominando de los progresos que hacen en las gentes «las erradas máximas de los modernos», para agregar que «de otro modo pensaban nuestros abuelos y el pan valía más barato y había más cristiandad y más temor de Dios»; cuando llega el día en que aquellos dislates pudieran servirle para adoptar una actitud honesta de patriota, se olvida, por lo visto, de cuanto dijo, y en una pirueta tan ágil -eso sí- como una de sus buenas comedias, se alinea entre los Azanzas, los Meléndez Valdés, los Cabarrús o los Llorentes, que en Bayona, al discutir aquella carta otorgada con máscara de Constitución,

aportan su ingenuo deseo de progreso en algunas -121- reformas, principalmente las propuestas por don Mariano Luis de Urquijo, el antiguo ministro de Carlos IV, traductor, y no malo por cierto, de Voltaire, pero que no por ello se libró del juicio general que sobre los diputados hiciera un día el fiscal Arribas negándoles talento, ilustración e influencia sobre el pueblo, ni tampoco del sarcasmo elocuente, puesto al margen del informe cursado por sus consejeros, de puño y letra del propio emperador con cuatro cortas palabras: «Vous êtes des bêtes.»

La guerra exige el esfuerzo máximo de todos, y escritores, artistas, historiadores, hombres de ciencia, olvidan sus quehaceres para entregarse de lleno a la lucha. La literatura se hace política inevitablemente, recorriendo toda la escala; desde implantar los fundamentos filosóficos del Estado que los doceañistas construyen en Cádiz, hasta el libelo y las aleluyas que cantan las virtudes heroicas de los guerrilleros y ocultan con prudencia la ineptitud de generales como Aréizaga -flor eterna de la Historia-, que en Ocaña, viendo a sus soldados tratando de pegarse al terreno, exclama: «¡Más franceses! ¡Buena va a armarse!», y enfundó el catalejo con gesto suficiente y marcial.

El regreso a España de Fernando VII en medio del general contento, que hubiera podido marcar un importante avance cultural tras la triste experiencia, fue por obra del monarca felón un espantoso salto atrás y el pensamiento libre hubo de ocultarse temeroso de perder hasta el más inocente de sus representantes en la infamante pena de garrote con que obsequiaba a sus más encendidos defensores, el rey que con tantos trabajos y sangre habían logrado reponer en el Trono de su tocayo San Fernando.

Los intelectuales se refugian en las sociedades secretas. El Conde de Montijo reorganiza en Granada por el año de 1816 la decaída francmasonería. Doceañistas y afrancesados conspiran en búsqueda peligrosa de la libertad perdida. El Gran Oriente, Los Maestros y Los Hermanos llevan en su vida pública los nombres de Cabarrús, -122- Argüelles, Romero Alpuente, Gallardo, Riego; y las «tenidas» eran tejer y destejer de alzamientos, conspiraciones,

proyectos y esperanzas en las que con el aparato de su liturgia se fortalecían los débiles, entusiasmaban los activos y simulaban su ambición los arribistas.

Cristalizada la conspiración con el gesto de Riego en Las Cabezas de San Juan, el año 1820, traga bien a disgusto, ante los gritos alborozados de los liberales, el rey nuestro señor, aquel papel de Cádiz que siete años antes mancillara; y en explosión incontenible la oratoria política se instala en los cafés madrileños y en los clubs. La tertulia resurge y en discusiones apasionadas y violentas a las veces y en clamores de triunfo en otras ocasiones, pueblan La Fontana de Oro, La Cruz de Malta, el Café del Príncipe, Lorenzini y los cenáculos y tabernillas de la Corte, para aumentar las novedades que *El Semanario Patriótico*, *El Espectador Sevillano* o el resucitado *Conciso* les sirvieran como pasto de polémica. Liberales exaltados y moderados discutían sus puntos de vista y a los templados argumentos que en el Café del Príncipe exponía Martínez de la Rosa, contestaban con lucubraciones altisonantes, en que la diosa Razón y el nuevo orden danzaban en contrapunto, por boca de un Alcalá Galiano.

El perdón se extendió acogedor a todos los absolutistas, y años después pudo decir, en verdad, aunque con el dolor de su responsabilidad histórica, don Agustín de Argüelles, que en todas las provincias se había corrido un velo generoso sobre los seis años que mediaron entre 1814 y «este glorioso día» - de efímero reinado, añadiremos-; ya que los Cien mil hijos de San Luis al mando de Angulema dieron al traste, por la conjura de Fernando VII y Chateaubriand, con el resplandor de vida cultural que se iniciaba. Acaso llenos de buenas intenciones, no queden en la Historia limpios de culpa los grupos de patriotas que para evitar los errores del Gobierno crearon a manera de rebrote castizo de las logias, las sociedades de Los Comuneros y Los Anilleros, cuyas profundas reformas consistían en bautizar con nuevas -123- nomenclaturas las ya gastadas de los francmasones. Extravío romántico, ingenuo y desafortunado del que no quedó rastro en poco tiempo.

* * *

¡Qué suspiro de alivio no sería el de los intelectuales españoles de 1833, al conocer el óbito de su *amado* monarca! Cierto que algunos se refugiaron en el costumbrismo al modo de Mesonero, para así esperar con viejo criterio mahometano el paso ante su puerta del cadáver de su enemigo; pero el espectáculo constante de la muerte enteriza de los que como Torrijos o Mariana Pineda supieron en sus últimos instantes conservar admirable decoro, hizo a otros como a Espronceda esmaltar su corta vida de escritor con los lances de guerra y de revolución.

En el Café del Príncipe cuaja con rapidez la tertulia del Parnasillo, que Azorín calificó de «solar del romanticismo español» y que Larra legó a la posteridad con estas agrias expresiones, en *El Pobrecito Hablador*. «El reducido, puerco y opaco Café del Príncipe.» Todavía años después don Juan Valera nos habla del famoso café -*Obras completas, Correspondencia*, vol. I- y no por cierto en tonos encomiásticos: «Mi tertulia más ordinaria en todos los sentidos, es el Café del Príncipe o de los Literatos. ¡Válgame Dios y qué discusiones y disputas se arman allí y cómo murmuran los unos a los otros! ¡Hay seis o siete pandillas enemigas y ninguno puede ver a los demás!». En aquel recinto favorecido por los poetas y grato a las musas, como dijera también Valera, que por lo visto, a pesar de lo desagradable que le resultaba su frecuentación, no podía pasarse sin ella, pusieron paño al púlpito los Duques de Frías y de Alba, Larra y Bretón de los Herreros -de donde acaso se conocieron lo suficiente como para enemistarse-, Espronceda, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Vega, Ceruti y tantos otros; y es posible que el año 1835, presenciando una disputa más agria de lo que lo cortés -124- permite, don Juan Miguel de los Ríos, amigo leal de don Ángel de Saavedra, tercer duque de Rivas, que el 22 de marzo estrenaba en el Teatro del Príncipe su *Don Álvaro o la fuerza del sino*, pensase en la conveniencia de crear, a imitación de aquella Sociedad Vascongada de los «caballeritos de Azcoitia» un centro en el que con libertad y buenas formas pudieran sacarse a la luz pública discusiones académicas, sin el peligro del intruso, inevitable en la tertulia del café ni el temor de las mazmorras del Saladero que había silenciado a los ingenios de la Corte por toda la década de 1823 a 1833, cuando el traslucirse

una opinión que llegase a oídos de los agentes de don Tadeo Calomarde era, en caso de suerte, traspasar la frontera.

El ambiente optimista de los primeros pasos de un Gobierno liberal moderado propiciaba el desarrollo de la idea que germinara en el espíritu de don Juan Miguel. Bretón de los Herreros, Espronceda, el Duque de Rivas, Alcalá Galiano y los más selectos de los contertulios del Parnasillo, le prestaron su apoyo y obtuvieron el asentimiento benévolo del presidente del Consejo, Martínez de la Rosa; y vencidas las dificultades, surge en pleno Madrid romántico, con el nombre más clásico de cuantas sociedades literales hubo, el Ateneo Científico, Literario y Artístico, que en su memorable sesión inaugural, después de elegidos para presidente y secretario don Ángel de Saavedra y don Juan Miguel de los Ríos -romántico y clásico, respectivamente-, trazó el camino glorioso de un siglo de cultura bajo el símbolo de Palas Atenea.

Bogotá, a 19 de junio de 1939.

-125-

▽△

IV. El Duque de Rivas

▽△

Vida romántica del Duque de Rivas

Padecer para vivir.

Lema heráldico de los Duques de Rivas.

Tres destinos. Marzo, 1791

Francia hierve en impaciencias revolucionarias, inflamada por la prosa demagógica de sus jóvenes letrados. La sublevación de las provincias prepara

el terreno a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que el desdichado Luis XVI habrá de jurar ante la Asamblea Constituyente, ya camino del desastre dinástico. Desquiciado y miserable, muere en ella, fuera de su patria, sin que se sepa cómo, el capitán John Byron, a los treinta y seis años de edad, dejando en Inglaterra una viuda y un niño de tres años, débil y enfermizo. El niño es cojo, y con el tiempo, siendo el sexto lord, Byron, escribirá el *Don Juan*.

* * *

Rumbo a las Azores el *Saint-Pierre*, bergantín de ciento sesenta toneladas, despachado con carga y pasaje en Saint-Malo para Baltimore y escalas, pone a prueba sus condiciones marineras corriendo el temporal bajo la experta mano de su capitán el comandante Dujardin Pintedevin. Entre los pasajeros, clérigos en su mayoría proyectados a la libre América por la revolución en marcha, un joven francés de veintitrés años, pequeño de cuerpo, hermoso rostro, cabellera ondulada y rasgos -126- enérgicos, sueña en alcanzar mando y gloria literaria. En su faltriquera, con escasa plata, guarda una carta de presentación para Washington, que le ha proporcionado el Marqués de la Rouerie, amigo del presidente americano a cuyas órdenes sirvió en la Guerra de Independencia bajo el nombre de «Coronel Armando». El joven pasajero, viendo el azul y el blanco de las olas, recuerda que un día, a los siete años, después de una función de iglesia, su madre le vistió por vez primera como iban otros niños. Hasta entonces sus trajes fueron blancos y azules, y siente la nostalgia de vestirse de nuevo con las olas del mar encabritado, cuya fuerza conoce e intuye como hijo de negrero. Como Ulises, se amarra al palo mayor, y cuando el mar y el viento le golpean el rostro sobre el que cae la cabellera lacia, grita a pleno pulmón para animarse: «¡Oh tempestad, no eres aún tan hermosa como te hizo Homero!». François René de Chateaubriand no era aún vizconde, ni en su mente había germinado *Atala*.

* * *

Noble mansión de los Duques de Rivas. Doña María Dominga Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, esposa de don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, soportaba con entereza los preludios de alumbramiento de su segundo parto. Amanecía en Córdoba el 10 de marzo y el viento frío de la madrugada rizaba las aguas del Guadalquivir.

La Córdoba de Séneca, Lucano, Averroes y Góngora despertaba aquella mañana como tantas otras, y el campanero de la catedral, sucesor acaso sin saberlo, del muezín que en la gran época del Califato congregaba a los fieles, llamaba a la misa de seis con la práctica rutinaria de más de treinta años de repiques.

Antonio, el viejo mayordomo de los duques, después de dar unas cuantas órdenes al servicio, para que todo estuviera preparado de acuerdo con las instrucciones de la partera, acababa los últimos toques de su indumentaria, - 127- cepillando cuidadosamente la librea galoneada que, en honor al acontecimiento esperado, vestía aquel día desde sus primeras horas. Antonio tenía, por reflejo fiel de las aficiones poéticas del señor duque, sus ribetes de trovero y debajo de sus cabellos grises bullían unos cuantos consonantes dispuestos para el poema en honor del vástago que iba a llegar de un momento a otro.

En un saloncito próximo al dormitorio de la duquesa, don Juan Martín de Saavedra esperaba tomando polvos de su tabaquera de oro, traída del Perú, la noticia del resultado del trance. La impaciencia le hacía constantemente asomarse al mirador, desde el que podía contemplar el panorama de los bellos tejados cordobeses, sobre los que se veían brillando a los primeros rayos del sol unos cuantos ángeles de bronce, colocados por la devoción a San Rafael. El sonido de unos pasos precipitados hizo latir el corazón del prócer con ritmo acelerado. El viejo Antonio, con la respiración fatigada por su exceso de diligencia, y la voz entrecortada por la importancia de la nueva que traía, dijo respetuosamente:

-Otro varón, y hermoso, por cierto, señor duque. Dentro de unos minutos la señora duquesa y el niño estarán ya visibles. Y -añadió tras una breve pausa- permita el señor duque a su más fiel servidor que haga votos por la ventura de vuestrecesencia, de la señora duquesa, del duquesito y del recién nacido, tan bello como esos ángeles que han presidido con felicidad el dichoso acontecimiento.

-Gracias, mi buen Antonio -respondió el duque, con cariñoso acento-, quiera el cielo marcar una senda gloriosa a este nuevo Saavedra, y Dios te premie tus desvelos por mi casa.

Con continente estudiadamente reposado, don Juan Martín, seguido por su mayordomo, atravesó el pasillo y una antecámara, penetró en el dormitorio de su esposa, dióle un beso en la frente pálida y se inclinó sobre el pequeñuelo, que probaba su capacidad pulmonar en los primeros vagidos.

-128-

En aquel llanto se forjaba el aliento que de por vida hubo de acompañar a Ángel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, en sus distintas personalidades de militar, poeta, pintor, político y diplomático. Había nacido ya el autor del *Don Álvaro*.

Byron, Chateaubriand y Saavedra, a quienes la vida haría tropezarse siempre en circunstancias extraordinarias, marcaban su destino en surcos paralelos trazados en distinta latitud. Siete años después, en 1796, George Byron se transformaba en el sexto lord Byron, al mismo tiempo que Saavedra, niño también, es nombrado capitán de caballería agregado al regimiento del infante. Todavía en 1824 llegan a Inglaterra el cadáver de Byron y la sentencia de muerte que sobre Saavedra dictó la Audiencia de Sevilla, a consecuencia del triunfo de los absolutistas que organizó el señor Vizconde de Chateaubriand.

La justicia de su parte
y la razón de su bando,
con Dios en los corazones
y con el hierro en las manos.

Del *Romancero* del Duque de Rivas.

Las compañías de Guardias Reales habían logrado reunirse bajo el mando del general Aréizaga, en los alrededores de Ocaña. Saavedra, que por haber renunciado a su condición de capitán venía batiéndose hacía más de un año como guardia real en la compañía que mandaba su hermano mayor el Duque de Rivas, ardía en el entusiasmo de los dieciocho años. El 17 de noviembre, en las primeras horas de la tarde, la caballería española, entre la que figuraba la compañía de Rivas, en una salida de reconocimiento, dio vista a la francesa que mandaba el general París. Invasores y patriotas en plena exaltación de odios, aprovecharon la ocasión para medir sus fuerzas, creyendo los patriotas que su entusiasmo vencería la superioridad numérica del enemigo, y los franceses -129- que su fuerza y su técnica servirían para aplastar a aquellos inacabables defensores de la independencia. Los llanos de Ocaña resonaron bajo los cascos de más de mil seiscientos caballos. Los cuatrocientos jinetes españoles en apretada formación se lanzaron sobre el centro del enemigo. El choque fue de pasmosa violencia y en el primer encuentro, don Ángel de Saavedra libró por una corbeta de su montura que recibió un lanzazo en el flanco derecho. Segunda y tercera vez se produjo la carga, y esta última acabó con el noble bruto de Saavedra, materialmente traspasado. Pie a tierra, don Ángel hacía frente a cinco enemigos que le cercaban, manejando con heroica gallardía su espada en paradas y ataques. La sangre corría ya por su frente y sólo sirvió para encenderle más. Tres de sus enemigos hubieron de morder el polvo para siempre y cuando con diez heridas creía ya salvada la situación, un dragón imperial, lanza en ristre y al galope de su cabalgadura, le dio un bote de lanza en el pecho que al derribarle le hizo desvanecer, entre los centenares de

muerdos y heridos que llenaban el campo de batalla, en el abrazo fraternal de las víctimas al mezclar su sangre.

Los restos de los escuadrones de Aréizaga, volviendo grupas, ganaron en desorden su base de salida. Al pasar lista los jefes de las unidades derrotadas, el Duque de Rivas repite con insistencia y ansiedad el nombre de su hermano Ángel. Nadie responde, y el oficial con lágrimas en los ojos pide voluntarios para rescatar al ausente. Doce guardias reales, compañeros de don Ángel, se adelantan decididos y siguen a su capitán volviendo al campo sembrado de muertos en rebusca piadosa.

La expedición regresa sin lograr su objetivo y el semblante del joven duque refleja la desesperación por la desgracia. Don Ángel, sin embargo está en aquellos momentos en Ocaña, a donde lo ha llevado un soldado de apellido Buendía, que lo encontró cuando amparado en la noche buscaba despojos por el terreno de la lucha. Don Ángel había recobrado el conocimiento rodeado de cadáveres. Los gritos de los moribundos abandonados -130- le hicieron darse cuenta de su situación y en un esfuerzo de voluntad logró ponerse en pie y trató de marchar. Nublósele la vista por la debilidad consecuente a la hemorragia y cuando pesadamente caía de nuevo agotado, le vio Buendía, lo reconoció y terciándolo sobre su caballo, le salvó de una muerte segura.

Llegados a Ocaña, Buendía condujo a Saavedra a una cama, y allí las heridas que el frío había cerrado coagulándole la sangre, vuelven a abrirse al calor renovándose la hemorragia que pudo contener por fin un barbero, cuando el médico recomendaba la extremaunción como su mejor fórmula.

Pudo su hermano verle aquella misma noche y ordenó que en un carro se le trasladara a Tembleque en compañía de otros siete heridos graves, antes de dar comienzo la Batalla de Ocaña, en la que las tropas del emperador quedaron victoriosas. Por el camino fueron quedando varios de los heridos, y al iniciarse la desbandada por las noticias que de la derrota llegaban, debió su vida a la lealtad de sus amigos Pobeda y Mendinueta que negándose a abandonarle en aquel trance, buscaron el camino de Villacañas, por ser

Pobeda de Daimiel y conecedor, por tanto, del terreno. En Villacañas entró Saavedra «Con once heridas mortales, / hecha pedazos la espada», como dijera él mismo, años más tarde, recordando en uno de sus romances la aventura más romántica de su vida militar.

1825

«Las olas como montañas
atajar quieren su curso».

Del Romancero del Duque de Rivas.

El puerto de Liorna ve alejarse una goleta inglesa impulsada por fuerte viento de Levante. Un sol mediterráneo del mes de julio ilumina las hinchadas velas que destacan sobre el límpido azul de la mar. Sobre cubierta, acodados a la amura de babor, cerca de popa, don Ángel -131- de Saavedra y su esposa, casados hace unos meses en Gibraltar, contemplan la costa italiana donde, gracias a los buenos oficios del señor cónsul de Inglaterra, en Liorna, no han sido encarcelados. ¡La influencia del embajador de Fernando VII ha podido más que la autorización de Su Santidad para vivir en Roma! Y ahora, rumbo a Inglaterra, de donde saliera hace un año, y en donde dejó a sus amigos Istúriz y Alcalá Galiano, como él desterrados por defender la soberanía nacional. Confiscados sus bienes, condenado a muerte por unos magistrados aduladores de la Real Audiencia de Sevilla, y perseguido hasta en el extranjero por los rencores del monarca absoluto que no olvidaba a Saavedra el haber votado la suspensión de sus prerrogativas regias, el pasajero de la goleta no tiene más amparo que el amor de su esposa y una profunda fe en los destinos de su patria momentáneamente sojuzgada.

El quinto día de navegación, al largo de Sicilia, tras unas horas de mar gruesa, les sorprende un temporal deshecho. Saavedra encierra a su compañera en la cámara y ante lo crítico de la situación se ofrece al capitán. Los siete marineros, incapaces para hacer frente al mar cada vez más embravecido, se acobardan a pesar de las órdenes precisas del viejo capitán, y éste ruega a Saavedra se haga cargo de la caña del timón para reducir él personalmente a los indisciplinados tripulantes. Don Ángel, en lucha desigual, aguanta los embates furiosos de las olas pugnando por sacar la nave de los arrecifes. Son varias horas de tensión y esfuerzo, y cuando al cabo, aunque desalentados, están a salvo, Saavedra se retira junto a su esposa y ha de meterse en cama. Las viejas heridas reliquia de la Guerra de la Independencia que durante años le habían producido frecuentes vómitos de sangre, se han vuelto a abrir con la violencia del ejercicio improvisado.

El temporal, al alejarlos de su ruta, los ha llevado a las proximidades de Malta, la isla que los ingleses ocupaban desde 1800 y cuyo dominio afianzaron a consecuencia del Tratado de París de 1812. El capitán, en vista del -132- estado alarmante de su pasajero, decide hacer escala en la isla y desembarcar al matrimonio Saavedra.

En Malta

«La vista otra vez la extiende
por la mar que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.»

Malta acoge al enfermo, y su clima es un sedante para el torturado espíritu del patriota. Las dificultades de residencia las resuelve un hecho curioso. Teniendo Saavedra apenas seis meses -septiembre de 1791-, para consolarle, por lo visto, de su condición de segundón de familia ilustre, se le nombra

caballero de la Orden de San Juan de Malta, y ese título le abre las puertas de la isla que tanta influencia había de ejercer en su personalidad de escritor.

El Marqués de Hastings, gobernador de Malta, le recibe con cordial simpatía, lo mismo que el general Woodford; pero su gran amigo durante los cinco años que vivirá en el dominio inglés es Frere, el antiguo embajador de Inglaterra ante la Junta Central española durante la Guerra de la Independencia. Conocedor a fondo de España y de sus tradiciones, y hombre de dilatada cultura, le da a conocer a Shakespeare, a Walter Scott y a Byron; le reconcilia con la antigua literatura nacional española, que Saavedra, como tantos otros escritores de su tiempo, desprecia, sin apenas conocerla, y le regala una primorosa edición de las obras de fray Lope Félix de Vega y Carpio, de las mejores prensas del siglo XVII, y una colección de Crónicas de Castilla que después habrá de reflejarse en sus romances históricos y que fue manejada por don Ángel en Malta para iniciar *El moro expósito*, que terminó en París en 1831.

Malta, la isla mediterránea que vigila las aguas entre Sicilia y África; que, como Mallorca y Córcega, conserva sus retorcidos olivos milenarios, sus almendros floridos en las primaveras y sus uvas doradas al sol del mar -133- latino agosteño, penetra en el espíritu de Saavedra de la mano de un compatriota del gran romántico lord Byron, señor de Newstead, y frente al mar, en los atardeceres serenos, el alma del desterrado se esponja, recibiendo la brisa que horas después irá a besar las costas levantinas de su España, regada con la sangre de mártires patriotas que ofrecieron su vida años atrás por la vuelta del tirano para ser luego por él sacrificados.

Es uno de esos atardeceres que hacen esperar la presencia instantánea del «rayo verde» sobre las aguas quietas del Mediterráneo. Saavedra y Hyrler, su maestro de pintura, sentados ante los caballetes y con las paletas cansadas de trabajo, siguen atentamente el ocaso de la curva solar. La inminente tangencia del astro con el agua les tiene absortos en espera del milagro. A lo lejos las velas latinas de los pescadores que salen a aprovechar la luna nueva, rompe el poema azul de la marina pura, para componer casi un cromo convencional.

Hyrler, sin embargo, se recobra y prepara la mezcla de cobalto y amarillo con que intentará eternizar el momento fugaz de la conjunción del fuego y el agua. Saavedra, preso de la belleza ambiente, quisiera pintar, pero su mano inmóvil y que aprieta los pinceles, cae a lo largo de su cuerpo, como embrujada por el hechizo mágico de la puesta del sol. Quisiera medir el poema que siente con fuerza irresistible subirle a la garganta, y las palabras se le ahogan en ella, pobres de expresión y faltas de color ante la inimitable sinfonía polícroma del atardecer. Allá por donde el sol se pone, presiente a su madre rezando, en el oratorio de la noble casona que le vio nacer, por la pronta vuelta del hijo ausente; y el disco solar se le aparece en rojo como el circo de la trágica vida española. El ritmo de la mar sobre la costa tiene un acento marcado de romance, y unas lágrimas varoniles, amargas y agritudces, resbalan por el rostro del poeta.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
queman. Un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

-134-

En silencio, que su compañero sabe respetar, recogidos los útiles de pintura, lentamente, dejan su atalaya. El camino trepa por entre bancales cultivados y la tierra reseca, todavía caliente, parece esperar para enjugarlas las primeras lágrimas románticas nacidas por doloroso amor de España en el corazón del poeta desterrado.

La fuerza del sino, 1835

No hace aún un año que la muerte de su hermano el Duque de Rivas ha hecho entrar a don Ángel de Saavedra en posesión del título y de los bienes familiares. El nuevo duque brilla en el Estamento de Próceres como brilló el

año 1822 de secretario de las Cortes. Sus diez años y tres meses de ausencia le han templado en política. La necesidad le hizo maestro de pintura en Orleáns, cuyo museo conserva una espléndida *Natura muerta*, varios de sus cuadros figuraron en la exposición del Louvre, y su nombre se encuentra en el *Annuaire d'artistes de Paris* de 1831.

El destino le compensa de pronto de la dureza de su primera etapa, y es ahora cuando más comprende la belleza y la poesía de su existencia romántica. En medio de su vida prócer, trabaja con mayor entusiasmo que nunca en la versificación del *Don Álvaro o la fuerza del sino*, compuesto en prosa en París cuatro años antes, y el recuerdo de sus primeras obras de frío clasicismo le sorprende y avergüenza como picardías de una vida moza e irresponsable. ¿Cómo pudo escribir el poema del *Paso honroso* y sus dramas *Ataúlfo* y *Aliatar*? Ante sí mismo se sonroja de los versos satíricos que el año 1812 publicara en *El Redactor General* y de los que mucho antes -tenía quince años- aparecieron en el periódico que dirigido por don Antonio de Capmany y Montpalau confeccionaban con él el conde del Haro, luego duque de Frías, Cristóbal Beña y los hermanos José y Mariano Carnerero. Su canon literario ha cambiado totalmente, -135- y ha cambiado también el tono de su vida. ¡Qué lejos queda ya su pasada admiración por Quintana, Arriaza y Martínez de la Rosa! ¡Qué lejos también los días azarosos de Aranjuez y El Escorial, donde por vez primera se opuso a los designios del emperador, decidiendo su vida militar!

El año 1835, con el estreno, el 22 de marzo, del *Don Álvaro* en el Teatro del Príncipe, se asienta la personalidad literariamente romántica del Duque de Rivas. La crítica en su mayoría ataca violentamente y de un modo perfectamente estúpido la aparición del gran drama que revoluciona las normas del dormido escenario español. Los artículos que aparecen en *El Correo de las Damas* y en *El Eco del Comercio*, llegan a decir que el autor se ha *rebajado* hasta el nivel de los que abastecen los teatros de los arrabales de París, presentando una composición más monstruosa que todas las que «se han visto ahora en la escena española». Larra en su crítica publicada sin firma -era amigo personal del duque- en *La Revista Española* el día 25 de marzo, trata de

adoptar un tonillo irónico, muy en armonía con su estilo bilioso, que tanto admirador e imitador le han valido. Habla del *Don Álvaro* como de «una cosa, en parte imitación de nuestras vejeces y en parte remedo de extrañezas del día y de la tierra extraña» y declara no saber si es comedia, drama o lo que fuere. Y el público, como en el estreno de *Hernani* en París cinco años antes, se apasiona y exalta con acaloramiento sin precedente. Los señoritos aristócratas, con gestos melindrosos de petimetres hueros, silban durante la representación; y el pueblo, el que es capaz de sacrificios y grandeza de alma, se emociona ante la belleza plástica de la obra, el fatalismo de la tesis y el dinamismo de la acción. El hecho es que como *Hernani* hizo a Víctor Hugo, el *Don Álvaro* hace definitivamente al Duque de Rivas, y todavía la polémica anda enzarzada por las tertulias de la Corte y los soportales de la plaza Mayor, cuando la figura del duque pasa al más destacado plano de la actualidad madrileña. El Ateneo le hace su primer presidente, aclamado -136- por lo más selecto de las letras y las artes. La Real Academia de la Lengua le otorga uno de sus sillones, y el Estamento de Próceres le lleva a su primera vicepresidencia. Con el triunfo inicial de su producción romántica cierra el ciclo de su existencia profundamente literaria y emotiva. En el Duque de Rivas se da esta paradoja: fue clásico, mientras su vida estuvo impregnada de romanticismo, y romántico cuando alcanzó la plenitud de una existencia de brillante y tranquila burguesía.

Bogotá, a 7 de agosto de 1939.

-137-

▽△

V. Dos de mayo

▽△

Madrid, 1808

Goyesca

Un viejo grabado de la época, que representa el rapto de los infantes españoles del palacio de Oriente por las tropas francesas el día 2 de mayo de 1808, titulado *Provocan los franceses la ira del pueblo* y en que se ve a los dragones y granaderos napoleónicos ametrallar a los madrileños que protestan al ver que se les llevan a «sus príncipes», es siempre el recuerdo primero que en esta fecha viene a mi memoria. Allí comenzó la epopeya de una guerra de independencia y la sangre vertida ante la fachada del palacio, corrió por las calles de la Villa y Corte durante todo el día hasta encharcar tiñendo de rojo la tierra de la colina de Príncipe Pío, que había de inmortalizar con su pincel el maestro, don Francisco de Goya, en uno de los más rudos lienzos salidos del alma ciclópea del genio aragonés: *Los fusilamientos del dos de mayo*.

Caracoleaba con prestancia de conquistador, entre sus guardaespaldas, montado en brillante potro azabachero, el serenísimo señor Príncipe de Murat, al enfilarse el Real de San Jerónimo. Los buenos madrileños, lívidos de coraje y de impotencia ante el lujoso aparato de fuerzas que el futuro rey de Nápoles, cuñado del gran Corso, había desplegado, miraban con ojos encendidos la brillante comitiva del invasor, en contenidos deseos homicidas. Nadie había pensado en almorzar, a pesar de haber sonado hacía rato las tres de la tarde. Descalzo y desgredado un mozalbete que apenas contaría los diez ~~-138-~~ años, dio el grito de combate: «¡Acaban de llevarse a los príncipes!». Los buenos madrileños se quedaron por un momento atónitos. Con su barril al hombro, un aguador escupió a la cara del serenísimo señor: «¡Muera el francés!». La primera descarga de fusilería aplastó contra el suelo al desdichado, mezclándose en la tierra el agua y la sangre que por diversos caños salía del cuerpo y del barrilillo agujereados por las mismas balas. De los pechos unánimes de los testigos de aquel crimen estúpido salió un rugido que decía: «¡Asesinos!». Y segundos después, locos de dolor y de ira, convertidos en fieras, hacían huir hacia el cuartel, en busca de refuerzos, al señor Príncipe de Murat y a sus escoltas, y ya dueños del campo, se lanzaban camino de la plaza de Oriente, dispuestos a dejarse matar antes de que salieran de la ciudad los infantes que el francés raptaba.

En la calle del Ave María, en la Cruz Verde, en Fuencarral, en la Puerta del Sol, en la plaza Mayor, grupos de patriotas daban la voz de alarma y espontáneos agentes de enlace llevaban las noticias de club en club y de café en café. Cada balcón, cada ventana, cada buhardilla era una atalaya desde la que se avizoraba el paso de las fuerzas invasoras para dejar tendidos de certero disparo de pistola o trabuco a veteranos de las campañas de Italia o de Egipto, que no lograban comprender lo que ocurría. ¡Cómo era posible que un pueblo chirigotero y alegre no se sintiese orgulloso de verles a ellos pasear por calles, plazas y plazuelas el águila triunfante del emperador! Compactas patrullas de granaderos iniciaron el registro sistemático de las casas. Donde eran recibidos con hostilidad, descargas a quemarropa reducían a silencio a los protestantes. Donde, sin resistencia, pero con cara inamistosa, los vecinos salían a engrosar los grupos de detenidos que se conducían al cuartel inmediato. Madrid luchaba enconadamente contra el vencedor de Europa. En el Parque de Artillería, un oficial, al mando de unos cuantos patriotas, vendía cara su vida, que se escapaba de múltiples heridas, con la energía indómita de quien entraba con su gesto por la -139- gran puerta de la Historia. Dos renqueantes cañones vomitaban metralla contra las mejores tropas del gran Napoleón, que mordían el polvo madrileño en una crispación de colosos vencidos.

Se ponía el sol tras las cumbres alejadas del Guadarrama. Por entre las crestas de Siete Picos, los últimos rayos proyectaban reflejos áureos y rojizos sobre los grises perlados del cielo de la Casa de Campo y el Campo del Moro. El estado mayor de los invasores circulaba a toda prisa las órdenes de represión. Las ejecuciones de los prisioneros se celebrarían en la Moncloa, en las praderas del Corregidor y San Isidro, en San Antonio de la Florida, en la Casa de Campo y en el patio de pelota del Palacio del Buen Retiro.

Menestrales, obreros, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, rodeados de soldados franceses, sobre cuyos altos gorros sobresalían brillantes bayonetas, eran arrastrados en interminables cuerdas hacia los lugares designados para el suplicio. El llanto de los niños se unía a las preces de los sacerdotes. A lo lejos

sonaban disparos aislados y descargas que decían a los presos su muerte inmediata.

Con los puños crispados y lágrimas amargas presenciaba el horrendo espectáculo de los asesinatos, un fuerte anciano, como de sesenta años. Para cortar los gritos que subían a su garganta, aprisionaba los labios entre sus dientes. Un hilillo de sangre generosa manchaba su mentón acusado. Cada detalle se le clavaba en la retina hasta hacerle asomar nuevas lágrimas. En aquellos instantes se plasmaba para la eternidad en el alma de Goya el contraste violento, dramático y feroz que su paleta mágica devolvería un día para el arte con su lienzo inmortal de los fusilamientos de patriotas en el pequeño cementerio de la falda de la montaña del Príncipe Pío, donde hasta ese 2 de mayo habían recibido sepultura los empleados del Real Sitio de la Florida.

-140-

▽△

VI. Simón Bolívar

▽△

Semblanza

En una vieja casa señorial de Caracas hay gran revuelo. Corre el año de 1783. Don Juan Vicente Bolívar Jaspes y Montenegro, caballero del hábito de Santiago, ha logrado la continuidad de su estirpe. Su esposa, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, acaba de darle un heredero. Es español el padre, es española la madre; españoles son los abuelos todos. El señor capitán general de Venezuela felicita a sus compatriotas por la alegría que se les ha entrado por las pesadas puertas de cuarterones de su mansión. Con presagios de maravilla se ha asomado al mundo un español por los cuatro

costados de los que, desgraciadamente, no suelen prodigarse en la Historia. El pequeñuelo que llora entre los finos pañales de su cuna se llama Simón Bolívar y Palacios Jaspes y Blanco, para que pueda afirmarse siempre su color antes de ser quemado por el sol de los Andes.

Andando el tiempo, Simón Bolívar y Palacios, que conoció en Madrid las corruptelas de la corte borbónica, la pobreza espiritual de algunos dirigentes de España a fines del siglo XVIII y la insatisfacción aneja a todo período decadente, habrá de libertar las antiguas colonias, y a su impulso irresistible de creador surgirán las nuevas naciones de la América hispana. Fue un español de limpia y generosa sangre el que por un ideal de democracia y de libertad tuvo que combatir contra otros españoles.

* * *

-141-

Catorce años antes, en 1769, en Ajaccio, pequeña ciudad corsa, en el seno de una familia toscana de noble y viejo abolengo florentino -los Buonaparte- viene al mundo el niño Napoleone, que a la estirpe paterna agrega por su madre Leticia Ramolino los cuarteles itálicos de la familia de Pietra Santa. No hay una gota de sangre francesa por las venas del que habrá de ser emperador de los franceses... y conquistador de Italia, cuna de sus abuelos.

Curiosas coincidencias de destino entre Bonaparte y Bolívar. Uno y otro llegan a ser la primera figura del continente en que nacen. Uno y otro sienten el deseo vehemente de unificar los territorios de su mando. Bolívar sueña con la federación de la América hispana. Napoleón desea rehacer el imperio latino bajo su mando. Los dos derrotan a su patria de origen o de sangre. Bolívar a España, Napoleón a Italia. Uno y otro mueren jóvenes, y los dos separados del poder y abandonados de la mayor parte de aquéllos a quienes habían sacado de la nada. Pero Bolívar quería ser un «buen ciudadano», Napoleón quiso ser, y lo fue, un emperador. La diferencia vale tanto o más que las semejanzas.

* * *

Si algún rasgo es capaz de encuadrar la figura de Simón Bolívar, el Libertador de América, yo no dudaría en decir que es el amor. Bolívar es, sobre todo, por encima de todo, el gran amador. Es el hombre que por amor a la Humanidad se subleva contra un régimen que oprime a sus súbditos en la metrópoli y en las colonias. Es el hombre que por amor a la libertad crea cinco pueblos, allá donde crear uno parecía locura. Es el hombre que ama con pasión y con desinterés, sin precedentes y sin seguidores. Ama la gloria, la justicia, la libertad, la naturaleza, la patria, la belleza y la mujer, dándose a estos amores sin reservas y sin egoísmos. «Amaba un ideal -dice Sherwell-, y para ese ideal vivía y ese ideal fue su último pensamiento antes de entregarse al reposo de -142- la tumba.» No hay en la Historia ejemplo de más sincero desinterés que el suyo. Ya en las ansias de la muerte, cuando la verdad se impone sobre las conveniencias, Simón Bolívar dicta estas admirables palabras en su postrer proclama: «Colombianos, testigos habéis sido de mis desvelos por implantar la libertad donde antes reinaba la anarquía. He trabajado generosamente, sacrificando mi fortuna y mi sosiego. Resigné el mando al convencerme de que no creáis en mi desinterés. Mis enemigos aprovecharon de vuestra credulidad y saltaron sobre lo que hay de más sagrado para mí: mi reputación de amante de la libertad; he sido víctima de mis perseguidores, que me han puesto al filo de la tumba. Los perdono. Al desaparecer de entre vosotros, mi amor me impulsa a expresar mi última voluntad. No aspiro a gloria alguna, fuera de la consolidación de Colombia; todos deben trabajar por los inapreciables bienes de la unión... Si mi muerte puede servir para acabar con el espíritu de partido y fortalecer la unión, tranquilo bajaré al sepulcro.»

La vida del Libertador es una práctica constante del más puro y limpio romanticismo. Heredero de una gran fortuna, la pone al servicio de su ideal y muere, después de haber libertado un continente y ejercido el poder en cinco repúblicas, en tan honesta pobreza que la camisa que ha de amortajarle ni siquiera le pertenece. Es la que comprara el Minca Aracataca para que el general Morillo le colgase al pecho una condecoración. La anécdota no es demasiado conocida y merece ser divulgada. Minca Aracataca era un cacique

indio de las cercanías de Santa Marta a quien por algunos servicios prestados a la causa de España, el general Morillo, luego conde de Cartagena, promete una condecoración. El cacique sale de su rancho y a mitad de camino, bien porque encontrara dificultades para llegar hasta el general, o porque como dice Restrepo en su historia de la revolución de Colombia, se sintiera avergonzado considerando que traicionaba a los suyos, decide no presentarse a la ceremonia. Iba con una camisa nueva de chorrera que había comprado para - 143- lucirla ante los españoles. Al variar de opinión no se atreve a regresar con aquella prenda de gala y encontrándose cerca de la finca de San Pedro Alejandrino, propiedad del hacendado español Mier, entra en ella, vuelve a ponerse su ropa vieja que llevaba en un hato, la deja allí y desaparece. La camisa es guardada en un armario y tiempo después cuando el 17 de diciembre de 1830 Simón Bolívar muere acogido por el señor Mier en su finca, un ayudante del Libertador, que busca sin encontrarla una camisa en el equipaje de su jefe, se tropieza con la de Minca Aracataca, imagina ser de Bolívar y es con ella amortajado.

Bolívar muere apenas se separa de su gran obra. No necesita para la posteridad, como Napoleón, el purgatorio de los seis años en Santa Elena. *Le Temps* de París de 1831, cuando se conoce la noticia de la muerte del Libertador, dice de él: «Bolívar ha sido el hombre completo de nuestra Era; ni una mancha se columbra en toda su vida. Ninguna cabeza se ha levantado tanto como la suya. Excede a Washington en la duración, extensión y dificultad de sus empresas y lo iguala en virtudes cívicas. Si cede a Napoleón en cuanto al genio de la guerra, es porque aquél es una especie de excepción en la Humanidad; pero al mismo tiempo, ¡a qué distancia no deja Bolívar a Napoleón bajo el aspecto de la libertad y de noble ambición!». Y Benjamín Constant decía de él en vida: «Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona -como murió-, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante.»

No fue por un azar por lo que el más grande escritor romántico, lord Byron, bautizara su yate con el nombre de Simón Bolívar. Bolívar, noble y militar profesional como Napoleón, no tiene, como éste, la ambición del mando.

Cualquiera otro la hubiera sentido en su lugar, y es maravillosamente cierto lo que dijera Emilio Olivier de que en tiempo de Bolívar el nombre de éste circulaba entre los pueblos de Europa -sin excluir a España- como sinónimo de libertad. La doctrina liberal de Bolívar, en efecto, no tiene quiebra. En el Congreso de Caracas -144- en 1814 dice a los representantes del pueblo allí congregados: «Yo no soy el soberano. Vuestros representantes son los que os han de dictar leyes... Con ansias deseo transferir este poder a los representantes que nombréis, y espero que me relevaréis de un cargo que cualquiera de vosotros puede sustentar dignamente, dejándome a mí el único honor a que aspiro, que es el de seguir combatiendo con nuestros enemigos. No es el despotismo militar lo que puede hacer libre a un pueblo, y el poder que yo tengo no puede ser bueno para la república sino por breve espacio de tiempo. Un soldado victorioso no tiene derecho alguno a gobernar su país. No es un árbitro de leyes y gobiernos: es el defensor de la libertad, y sus glorias han de ser las mismas que las de la república, y su ambición ha de considerarse satisfecha con hacer la felicidad de los ciudadanos.» Así hablaba y así actuó el Libertador de América. Napoleón, en cambio, a los dieciocho años, escribía a Paoli, el gran patriota corso: «Yo nací cuando la patria moría.» Entonces su patria era Córcega. Odiaba a los franceses: «He de hacer a tus franceses todo el daño que pueda», le decía a Bourrienne, el único de sus camaradas con quien tuvo alguna amistad. Y cuando éste trataba de calmarle, añadía: «No, pero a ti no; tú no te burlas nunca de mí; tú me quieres.» No era Napoleón el que quería a Bourrienne, era Bourrienne el que quería a Napoleón. Tampoco quería a los franceses. Su odio estaba alimentado por aquella frase que escribió a Paoli. En efecto, Córcega, como pueblo independiente bajo la dirección patriarcal de Paoli, después de haber sacudido el yugo genovés, agonizaba cuando nació Napoleone Buonaparte. En mayo de 1769 -tres meses antes de que naciera Napoleón- los corsos tuvieron que enfrentarse en Ponte Novo con las tropas invasoras francesas del Conde de Vaux, y derrotados por la superioridad numérica del enemigo, apenas si pudieron poner a salvo a su caudillo embarcándolo para Londres.

Bolívar nace en Caracas, y por defender la libertad, primero de Venezuela y luego de los pueblos hermanos, -145- se enfrenta al poderío del imperio español. Asume pues la postura difícil, sin reparar en su conveniencia. Napoleón nace en Córcega, reconoce que su patria se muere a manos de Francia y cuando va a estudiar a Francia -como Bolívar va a estudiar a España-, la reacción del uno es egoísta, olvidando los dolores de su tierra; la del otro es del más puro altruismo.

Bolívar es un soñador maravilloso que pone al servicio de sus sueños un Potosí de voluntad, y en los trances más duros, cuando todos los temples se quebraban, el acero de su alma lograba el milagro de reavivar la fe en el ideal. «Más temible vencido que vencedor», dijo en cierta ocasión de él el general Morillo, que tenía motivos para conocerle a fondo y admirarlo. Y después de la famosa entrevista de Santa Ana, en que los dos generales enemigos se abrazaron con la nobleza de quienes en la lucha han aprendido a estimarse, el Conde de Cartagena comunicaba al Gobierno de Madrid la siguiente nota secreta: «Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución.» Bolívar es ciertamente la revolución que en España no puede desatarse por la Guerra de la Independencia primero y por el despótico y cercano gobierno de Fernando VII más tarde. En una proclama que firma el Libertador en su cuartel general de Angostura, el 15 de agosto de 1818, se ve el pensamiento de Bolívar a este respecto: «La España que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca a su término. Enjambres de nuestros corsarios aniquilan su comercio; sus campos están desiertos. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra un puñado de hombres desarmados y desnudos, pero animados por la libertad. El cielo ha coronado nuestra justicia: el cielo, que protege la libertad, ha colmado nuestros votos y nos ha mandado armas con que defender la humanidad, la inocencia y la virtud.»

El sentido de la justicia en el Libertador esmalta su vida, porque a quien combate a sangre y fuego en la época de la guerra de represalias, no es nunca a los españoles amantes de la libertad, sino a los que al servicio de Fernando VII sujetan también en España el pensamiento y sojuzgan las libertades. Y a la intransigencia la combate en todos los terrenos. La imprenta, como alguien dijo de él, es la artillería de su pensamiento. Se da en Bolívar el caso extraordinario de que desde que inicia su labor en pro de la independencia de su patria, hasta muy poco antes de morir, el Libertador no abandona jamás su labor de prensa, y su preocupación por que el pensamiento liberal prospere y gane adeptos, le lleva a preocuparse, como ningún otro hombre de Estado de su tiempo, de responder a cuantos ataques se hacen a su doctrina. Funda periódicos, como *El Correo de Orinoco*, en Angostura; escribe en *El Observador* y aconseja a sus redactores que siempre que hablen de Fernando VII se pongan los artículos bajo titulares expresivos de *tiranías y fanatismo*; indica a un redactor, adelantándose en más de cien años al concepto moderno de la propaganda política, que la imprenta, en la guerra, es tan útil como los pertrechos. Colabora en periódicos de Venezuela, Colombia y el Perú, y pueden leerse artículos y boletines en las gacetas de Lima, Caracas y Guayaquil.

Simón Bolívar es el pensamiento puro de la revolución democrática, y es al mismo tiempo su incansable ejecutor sin una sola ambición personal. Simón Bolívar va de muchacho a España, conoce la Corte de Carlos IV. Esa Corte cuya crítica despiadada y exacta hiciera el inmortal pincel de don Francisco de Goya. Frecuenta primero las casas de sus parientes aristócratas, después las esferas y camarillas palatinas. Trata al felón del príncipe heredero, conspirador contra su propio padre, débil e infeliz; oye la historia escandalosa de la reina María Luisa, y sobre todo, ve lo que hasta entonces no creyera, que el pueblo español sufre, como el de América, esclavitud y miseria. Visita luego Francia e Italia acompañado de su antiguo preceptor.

-147-

Corre el año 1804 y las ambiciones de Napoleón Bonaparte le han llevado a traicionar a la república a la que servía y a desoír los consejos de Josefina que,

según Bourrienne en sus *Memorias*, le decía constantemente: «Por favor, Bonaparte, no te hagas rey.» Para Bolívar la traición de Napoleón es imperdonable. Toda la admiración que por él sintiera en su primera época, se transforma en desprecio. Su exaltado idealismo no concibe el interés personal y el sacrificio de un pueblo en aras de un interés dinástico. «Desde que Napoleón se ha hecho rey, -dice el futuro libertador de América en más de una ocasión-, toda su gloria me parece como el resplandor del infierno.»

El alma libre y pura de Bolívar, que a raíz de la muerte de su esposa, María Teresa de Toro, decidió no volver a casarse, dedicándose con toda su energía a la libertad del continente americano, no podía perdonar al corso Bonaparte, grande, sin embargo, por tantos conceptos, su vanidad de fundar imperios o monarquías en los que se perpetuase su apellido, por encima del triunfo de los ideales revolucionarios. Al año siguiente, en Italia, presencia el espectáculo de la gran parada de Milán en la que las tropas francesas victoriosas desfilan por delante del emperador de los franceses y rey de Italia -la de los Bonaparte-, sojuzgada por su propio hijo, y el acontecimiento provoca náuseas y odio en el alma ingenua del Libertador, incapaz de egoísmos e impurezas semejantes. Poco tiempo después, encontrándose en Roma y en ocasión de contemplar sus ruinas desde el monte Aventino, el espíritu romántico de Bolívar encuentra motivo para exaltarse ante la opresión de los pueblos, y en explosión magnífica jura no darse reposo hasta conseguir la libertad del suyo. La vista de las grandezas pasadas y presentes no le lleva hacia el fácil camino de tomar ejemplo de los césares, o del emperador de los franceses que decía de sí mismo: «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares.» No, cada vez se arraigan más en él el ansia de libertar a las gentes sojuzgadas y su ideario democrático. No piensa -148- en su grandeza, sino en la de su pueblo, y a esa sublime tarea se entrega con desinterés de gran enamorado, capaz de todo sacrificio, sin pedir nada en cambio.

Las dos frases de Napoleón: «Yo nací cuando la patria moría» y «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares», definen con suficiente claridad el impulso egolátrico del soldado condotiero contra el que había de concitarse el mundo entero para evitar que en su impulso irrefrenable

sometiera a vasallaje las coronas imperiales o reales que se alzaban en el mapa político europeo de los comienzos de la decimonona centuria, aun cuando hay que decir, en honor del emperador de Francia, que la mayor parte de los pueblos salían ganando con la legislación que seguía a los granaderos y a la guardia en sus conquistas, pues entre el régimen despótico de muchas de aquellas coronas y el sentido humano de las leyes napoleónicas imbuidas de los principios de la Revolución francesa, había una notable diferencia en favor del Derecho francés. El republicanismo de Bolívar se aferra y se exalta a medida que se adentra en la realización de su ideal y las dificultades se aparecen como insuperables. «Los intereses reales de una república -dice en la famosa carta de Jamaica, escrita en los dolorosísimos momentos de su destierro de 1815 en aquella isla-, están circunscritos a la esfera de su propia conservación, prosperidad y gloria. No siendo la libertad imperialista, puesto que es opuesta a los imperios, ningún impulso mueve a los republicanos a dilatar las fronteras de su país, injuriando a su propio centro, con el solo objeto de dar a sus vecinos una constitución liberal. Ningún derecho ni ventaja se sacan de conquistarlos, a no ser que los reduzcan a colonias, territorios conquistados o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma.» Y más tarde le dice al Congreso de Angostura: «La continuación de la autoridad en un solo individuo fue con frecuencia la ruina de los gobiernos democráticos. Las elecciones repetidas son cosa esencial en los sistemas populares, porque nada hay tan peligroso como permitirle a un ciudadano que permanezca largo tiempo -149- en el poder. Acostúmbrase el pueblo a obedecerle y él a mandarle, de donde resulta usurpación y tiranía.»

Difícil ha de ser encontrar en las antologías del pensamiento político, de gobernantes militares o civiles, que acaben de dar la victoria y la libertad a su país, respeto más profundo a los derechos del pueblo.

No es necesario insistir mucho para llegar a la conclusión de que, en efecto, la cualidad más esencial de Simón Bolívar es el amor o el desinterés; pues el primero sin el segundo habría de llamarse amor propio, que en buena paradoja ni es propio ni es amor, sino más bien trasunto de egoísmo y pequeñez de espíritu. La mirada de Bolívar es apasionada, cálida; la de Napoleón es fría: «Y

había una mirada fría en sus pupilas grises.» El amor llena la vida toda del Libertador. A la mujer la ama entregándose y sin exigencia. Por sus brazos y por su corazón pasan no sólo su esposa, sino que cuando ésta muere le esperan temblorosas, para brindarle sus caricias, doña Manuelita Sanz; Fany de Villars; María Ábrego; Manuela Madroño; Luisa Broker, la dominicana; Josefina Madrid; doña María Joaquina Costas, de la que se dijo tuvo descendencia; Anita Lenoit; Balbina Gómez; *et sic de caeteris*. Napoleón ama a la Condesa Walewska, se deja prender por la bella criolla Josefina de Beauharnais y más tarde la repudia para casarse con María Luisa, la hija del emperador de Austria, de la que necesita un heredero con sangre de alguna casa reinante europea. No es el amor el que le guía, es el amor propio. Los dos, Bolívar y Napoleón querían «ser» y los dos «fueron», pero en el cálculo de Napoleón la piedad no entraba para nada. No se observa en él, como dice un autor, la menor lucha por la afirmación moral. Aquel caudillo militar por naturaleza, escribe Valentín, vinculado a la época, sabía algo más que mandar. Sabía manejar con destreza la retórica del día. Y sabía tratar con prodigioso virtuosismo a los hombres a que quería atraerse: pulsaba con arte consumado el psíquico instrumento, evidenciando de modo insuperable, en estos casos, elegancia, espíritu, ingenio y gracia. La voz clara y penetrante, cabrilleaba - 150- entonces, solícita, seductora y parece que en estos instantes cobraba un tono suave y cálido irresistible. Tras todo ello se ocultaba aquel egotismo grandioso que era justamente todo lo contrario de la idea de Humanidad, del sueño de un nuevo mundo libre, pensamientos ambos motores en la existencia del Libertador americano. Napoleón va en busca de un trono; quiere además eternizarlo en su dinastía. Bolívar va en busca de la gloria; rechaza un trono que reiteradamente se le brinda; rechaza las sugerencias de los amigos que tratan de adularle y dice, ya con el pie en el estribo para el gran viaje, el de su inmortalidad: «La fuente de legalidad es la libre voluntad del pueblo; no la agitación de un motín ni los votos de los amigos.» Ese hombre, español, liberal, demócrata, generoso, merece en puridad el homenaje rendido y fervoroso de una Humanidad que lo ha tributado con exceso a quienes ni de lejos, por grandes que fueran en la Historia, pueden seguir la senda recta y gloriosa de todos los amores que recorriera hasta su muerte el Libertador Simón Bolívar.

Una estampa bolivariana, 1826

Un día de la segunda decena del mes de noviembre de 1826, bajo fina llovizna mañanera, un grupo de diez jinetes, de los cuales ocho vestían el uniforme militar de la Gran Colombia, descendía, al paso de sus cabalgaduras, por la depresión que conduce del altiplano de Cundinamarca hacia uno de los más bellos lugares de América: el prodigioso salto de Tequendama, a ocho leguas de camino de la ciudad de Santa Fe, capital de la Gran Colombia.

A la cabeza del pelotón montado en brioso caballo blanco de larga cola, el Libertador presidente, general don Simón Bolívar, descubierta y dejando resbalar con placer las pequeñas gotas de la lluvia por su espaciosa frente, sonreía de vez en cuando, al oír las expresiones de alguno de sus edecanes y acompañantes. La arrogante montura del Libertador resbaló de la mano derecha y con presteza el jinete levantando la brida lo sujetó fácilmente.

-Excelencia -dijo uno de los militares, con grado de coronel, que marchaba casi a su mismo andar-, parece como que *Palomo* no está hecho a caminar por estas alturas de Cundinamarca.

-Tendrá que ir aprendiendo si ha de seguir conmigo, señor coronel. Sin andar con seguridad por entre los riscos de estos escalones de los Andes no se puede ser montura del general Bolívar. Mis caballos tienen que -152- conocer estas montañas y caminar por ellas como una dama por un salón de baile. Pero una vez no hace costumbre, señor coronel, y espero que *Palomo* que, como lo dice su nombre, es blanco y vuela en el llano, andará también, si Dios lo quiere, por entre los libres peñascos de esta tierra colombiana.

El general Simón Bolívar había cumplido ya los cuarenta y tres años. No hacía aún quince días acababa de llegar a Santa Fe, procedente de Guayaquil y su regreso a la capital de la Gran Colombia no había sido, por cierto,

demasiado del agrado del vicepresidente, general don Francisco de Paula Santander. No era viejo, pues, pero se le observaba envejecido, como abrasado por un fuego constante. Su figura menuda y enjuta tenía, sin embargo, la majestad de quien lleva largos años mandando. El general y su caballo formaban una bella escultura. En su rostro curtido por el sol de los trópicos, a lo largo de las interminables y duras campañas, brillaban dos ojos oscuros, penetrantes, protegidos por abundantes cejas negras, y que parecían consumidos por la fiebre. El cabello peinado todo él hacia adelante, le daba un interesante aspecto romántico. En la mano derecha llevaba su sombrero, y en la izquierda la brida. Del uniforme apenas se alcanzaba a ver el alto cuello, bordado en oro, de la casaca. El resto de su figura nerviosa desaparecía bajo amplia capa que tapaba también la redonda y lustrosa grupa de *Palomo*.

Un oficial venezolano, capitán de lanceros, adelantó su jaco para situarse al lado de Bolívar.

-Excelencia -comenzó a decir-, he recibido ayer carta de mi general Páez. No soy yo demasiado avisado en materia política, pero se me hace como que mi general no anda muy contento y pudiera haber pereques por allá abajo.

-Así lo tengo entendido también yo, señor capitán, mas pronto habremos de saber lo que sucede, porque tengo decidido salir para Caracas en unos cuantos días. El general Páez ha sido y es un gran patriota y no creo ni espero tener nunca con él dificultades.

-153-

Y cambiando la dirección de la voz y elevando el tono para dar a entender al capitán que había terminado la conversación sobre un tema que no le resultaba grato, añadió, dirigiéndose a uno de los dos jinetes vestidos de paisano:

-Don José Rafael-, ¿no es ésta la famosa hacienda de Canoas del chapetón don Fernando Rodríguez?

-Sí, excelencia. Por cierto que la otra noche en el baile de los Lasso de la Vega, don Fernando me rogó que si el señor presidente venía, como ahora lo hacemos, a visitar el salto, no dejara de advertírselo para prepararnos al regreso adecuado refresco; y así lo he hecho suponiendo que no nos habrá de caer mal un refrigerio poco antes del mediodía. Además, don Fernando tiene fama de muy buena mesa y habrá de esmerarse en la ocasión, porque si bien es cierto que nunca se ha mostrado partidario de la independencia, la verdad sea dicha, se ha comportado siempre muy noblemente. Es hidalgo, es rico y tiene bastantes años. En sus circunstancias suele provocar más la tranquilidad que la guerra.

A la derecha del camino apareció por delante de los caballeros el río Bogotá, cuyas aguas buscaban por el sinuoso cauce el lugar desde donde iban a dar un formidable salto de ciento sesenta y siete metros en el espacio. La leyenda precolombina cuenta que el salto de Tequendama por el que se precipita al abismo el río Bogotá, fue abierto con una varita mágica por el gran Bochicá tocando en las peñas para desecar la laguna que hoy constituye la sabana de Cundinamarca. Era Bochicá, según la tradición de los chibchas, un venerable anciano de piel blanca y luenga barba del mismo color, y los indios veían en la gran catarata que él abrió, la imagen poética de sus barbas. La leyenda chibcha de Bochicá, el hombre blanco y barbado, representante del buen espíritu, coincide en sus líneas generales con la leyenda azteca de Quetzaltcoatl, que tanto ayudó a Cortés en la penetración de la Nueva España. Pero volvamos a nuestra historia.

-154-

Uno de los edecanes, dirigiéndose a Bolívar advirtió señalando una tupida niebla que se veía como a un cuarto de legua:

-El Tequendama, mi general.

El general Bolívar fijó los ojos en la dirección apuntada, quedó un instante silencioso y luego dijo, casi para su colete:

-El salto a la eternidad de los enamorados despechados. ¡Bello fin para algunos románticos!

El general ciñó apenas los tacones sin clavar la espuela, cedió un poco la brida y *Palomo* salió al galope seguido por los otros nueve caballos. La capa de paño del general se alzaba al viento con la galopada, como las crines de *Palomo*. En pocos instantes se cubrió la distancia hasta la explanada tras la cual se veía subir la neblina de los millones de partículas de agua despedidas en el rebote contra las rocas del fondo del salto. El general Bolívar tascó el freno de *Palomo* y con la agilidad de quien como él había hecho del caballo el compañero inseparable en todas sus campañas, saltó al suelo, dirigiéndose, sin esperar a los demás jinetes, al punto en donde el río se transformaba en «música de plumas» como había dicho un poeta colombiano.

La tierra estaba resbaladiza y pegajosa a consecuencia de la evaporación y de la lluvia. José Rafael Revenga, el secretario privado del Libertador, le dio una voz:

-¡Cuidado, excelencia!

El general, sin detenerse ni volver la cabeza, contestó:

-Gracias, don José Rafael, por considerarme lo suficientemente joven como para intentar medir la altura del salto. Ni soy joven, ni en amores he sentido nunca el despecho. Puedo contemplar sin peligro este espectáculo maravilloso y no sentir vértigo.

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, el Libertador presidente de la Gran Colombia se había colocado de pie en la roca saliente a la izquierda de la corriente del río, desde la cual decían adiós a la vida los desesperados santafereños y que por ello se llamaba «la piedra de los suicidas». Como cuando muchacho en el monte Aventino, -155- en Roma, juró luchar sin descanso por la independencia de su patria, como cuando contempló América desde la cumbre del Pichincha, el general Bolívar, cruzó los brazos y se quedó unos segundos meditando o absorto por la belleza que se le ofrecía. El ruido de

la cascada le aislaba de las voces que daban sus amigos para que se retirase de aquel peligroso lugar, desde donde cualquier movimiento inadvertido, cualquier resbalón podía ser fatal. Así permaneció como un minuto y en seguida, girando ágilmente, volvió a reunirse con los que le esperaban sin ocultar la intranquilidad.

Volvió sonriendo y satisfecho, como un muchacho que acaba de hacer una travesura.

-Comprendo -dijo- que en holocausto a la dama de sus pensamientos haya quienes den un paso más. ¡Cuesta tan poco! ¡Se debe descansar tan sabroso! ¡Son tan bellas las barbas de Bochicá!

Recorrieron a pie las inmediaciones casi en silencio. El general, sin duda recordando los problemas que le aguardaban a su regreso a Santa Fe. Los edecanes, subordinados y amigos, respetando los pensamientos del prócer.

-¿Regresamos, señores? -dijo de pronto y como volviendo de un sueño.

Y dirigiéndose a todos añadió con voz de mando:

-A caballo.

La comitiva inició el regreso. El general, abriendo camino; los demás, a corta distancia. *Palomo*, respondiendo a la confianza que en él había demostrado el primer guerrero del continente, iba subiendo con paso seguro. Sentía el freno abandonado a su nobleza.

Cuando llegaban a la altura de la hacienda de Canoas, don Fernando Rodríguez, el propietario de la misma, se encontraba en mitad del camino abrigado en una clásica ruana. Frisaría don Fernando en los sesenta años. Su barba gris y su bigote blanco hacían destacar aún más los rasgos de energía de su rostro castellano. Reverente, se quitó el sombrero y exclamó al tener al Libertador como a seis metros de distancia:

-¡Bienvenido a esta hacienda, que es su casa, el señor Presidente de Colombia! ¿Puedo esperar el honor de que vuecencia y la compañía compartan conmigo el pan?

-El pan y lo demás, señor don Fernando, que ya sé cuán bien se trata a los amigos de vuestra casa, y os agradezco muy de veras la fineza porque el fresco de la mañana y la buena compañía han abierto mi apetito -contestó el general. Y agregó:- Señores: don Fernando y su gentil hospitalidad nos aguardan. No sería correcto pasar de largo.

Don Fernando tuvo la brida mientras se apeaba despacio el Libertador. Hicieron lo mismo los demás y dejando el cuidado de los caballos a los criados de Rodríguez se encaminaron hacia la Casa de Canoas.

* * *

El refresco preparado por don Fernando iba llegando a su fin. El ajiaco de pollo, la sobrebarriga al horno y la ensalada habían sido frecuentemente regados por abundantes libaciones de buen vino tinto de Rioja que Rodríguez recibía años antes en bocoyes de España. En una de las cabeceras de la mesa el Libertador presidía, interviniendo siempre con gracejo en la conversación, cada vez más animada.

Al sacar el queso y los dulces, don Fernando, que ocupaba la cabecera, hizo una seña a los sirvientes y preguntó a Bolívar:

-¿Me permitís que se descorchen unas cuantas botellas de champaña vieja que guardaba para buena ocasión, señor presidente?

-Si la creéis buena, en efecto, don Fernando, por nuestra parte no creo que haya nadie que se oponga a tan gentil agasajo.

Servidas las copas, comenzaron los brindis. El Libertador se levantó y cortésmente agradeció a don Fernando Rodríguez la hospitalidad amable y generosa que mostraba como anfitrión. Don Fernando respondió con otro

brindis declarándose muy honrado con la visita del -157- Jefe de Estado y a partir de ahí, cada uno se consideró obligado a decir algo.

Ya eran muchas las copas y muchos los brindis cuando se puso en pie el capitán de lanceros venezolano a quien oímos platicar con el general, camino de Tequendama. Acaso porque la alegría del champaña lo transformara en hombre inconveniente, o porque con sinceridad no recordase que el anfitrión era español, el caso es que con los ojos brillantes y la voz levantada dijo.

-Mi general, yo levanto mi copa para que pronto no quede en nuestra América un solo chapetón (español) que pueda ir a contar a su tierra ni siquiera las glorias de vuestra excelencia.

El brindis fue acogido con grandes carcajadas por los presentes. Era frecuente en las reuniones de militares colombianos «echar contra los chapetones» en busca del éxito fácil. La ocasión, sin embargo, no era demasiado indicada, pero las copas habían hecho su efecto en los jóvenes. El general Bolívar, que se había quedado ensimismado y no había escuchado lo dicho por el capitán llanero, ante las carcajadas se unió al coro, y asombrado de ver con aspecto muy serio al anfitrión hubo de preguntarle:

-Señor Rodríguez, ¿por qué no nos acompaña usted en la razón?

Se hizo un silencio penoso. Alguno de los acompañantes se dio cuenta del aprieto en que Rodríguez se encontraba. Entretanto, el secretario privado del presidente le contaba por lo bajo a éste lo dicho por el capitán en su brindis. Con voz altiva y porte digno y tranquilo, respondió el honrado viejo castellano.

-Porque siendo español, excelencia, no creo que eso sea razonable.

No era el general Bolívar hombre que aguantase lecciones de nadie y la actitud de los que con él iban se descompuso un tanto en espera de ver la reacción del Libertador. Éste miró a su alrededor, impuso silencio con una mirada fulminante, y recuperándose, para dar -158- la mayor amabilidad a su tono, dijo en medio del asombro de sus oficiales y amigos:

-¡Ojalá y tuviésemos muchos patriotas tan enteros como usted, señor don Fernando! Y yo le ruego que excuse la inconveniencia del capitán y mi distracción al preguntarle.

México, D. F., octubre de 1943.

VII. Tres estampas de Larra

▽△

Raya francoespañola, 1813

Redobla el trueno, saltando de peñasco en peñasco por el angosto valle del Bidasoa. El alto de Urruña se encapota en el anochecer entre jirones de nubes que velan los caseríos de la tierra vascofrancesa. Calados por los chubascos persistentes, con su andar cansado de autómatas que van a la muerte gloriosa por un sentido de conquistador profesional, los granaderos de Napoleón regresan a su tierra, esta vez sin brillo ni gloria. Decorados con cabestrillos y vendajes que la sangre y el barro casi ocultan, atraviesan el puente de la raya francoespañola, en el puente fronterizo de Behovia.

La estrella del corso Bonaparte no brillará ya esta noche en el celaje cargado de la barrera de los Pirineos. ¡Qué lejanos los recuerdos de las noches estrelladas de Egipto y de las jornadas de Jena y Austerlitz!

En fila interminable, carros militares de impedimenta avanzan con lento caminar por la carretera en sordo chapoteo de caballos mal herrados. Algún juramento y el eco lúgubre del redoble de los truenos encajonados en la cordillera, sirven de música de fondo al espectáculo de la derrota.

El águila imperial vuelve hecha jirones y sin brillo en las pocas plumas que le quedan de su sueño de España. Un pueblo inerme, sin cultura y sin rey, con su solo coraje, fue el muro infranqueable en el que ciega se estrelló el ave

ambiciosa que pensara cobijar bajo sus alas recias y protectoras todo el ámbito humano.

-160-

▽△

Paréntesis retrospectivo

Cinco años antes, en la villa de Castrillo de Duero se alojaba en fácil «paseo militar» una sección de dragones del emperador. El sargento, que a su llegada caracoleaba orgulloso en la plaza del pueblo, trató de maniobrar como en terreno conquistado con una guapa moza, hija de sus huéspedes. El prestigio de sus mostachos le rindió en distintos paralelos la altivez de otras mozas. Pero ésta sabe resistir firme ayudada por la memoria de su galán y el amparo de sus padres. El señor sargento no comprende el rechazo, y en movimiento colérico maltrata de obra a la familia.

La noticia llega al bravo mocetón que corteja a la muchacha. La ira le enciende. Su honradez se revuelve ante el agravio. Apresuradamente se dirige a la pequeña iglesia del lugar, y allí, ante sus amigos que le acompañan, pronuncia estas palabras: «Juro por Cristo y por su Santísima Madre y por todos los santos, luchar contra los sanguinarios invasores, matarlos y deshacerlos por cuantos medios estén en mis manos y no cejar hasta que mi patria quede libre de su presencia, hasta que ni una sola planta francesa pise el suelo español.»

En ciega carrera sale el joven labriego de la iglesia, alcanza al ofensor de la muchacha y le deja en el campo, brillando sus galones al fino sol de Castilla, para pasto de cuervos. Luego organiza una partida y se echa al monte, sorprendiendo patrullas francesas que son, sin piedad, pasadas a cuchillo.

El mozo, llamado apenas Juan Martín, cumplió su juramento, y su apodo popular de *El Empecinado*, corría en labios orantes de españoles patriotas, haciendo estremecer su evocación a los apuestos oficiales del imperio.

-161-

... y salían por Behovia los últimos invasores, ensanchando el corazón de los bravos, que como Juan Martín juraron no darse reposo..., pero con los franceses cruzaban la frontera familias españolas que buscaron acomodo junto al rey José.

Sentados en haces de paja húmeda y pestilente, de aspecto repulsivo, bajo la lona sucia de un carro de intendencia militar, pródigo en goteras, un caballero casi cincuentón, una señora joven y un niño de cuatro años se estremecen en tiritones de frío. El chiquillo lloriquea acurrucado junto a su madre. El caballero trata de mantener su empaque -labor difícil en aquel ambiente-, y al asomar por la trasera del carruaje la cabeza de un funcionario que en rápida inspección a la luz vacilante de una antorcha escudriña el triste cuadro, dice con aire enfático:

-Doctor Mariano Antonio de Larra y Langelot, y familia.

El funcionario los contempla durante unos instantes, mientras el niño domina con sus gritos nerviosos las últimas palabras de su padre y el concierto tétrico del exterior, y prosigue su inspección en sucesivos carros.

Lentamente el vehículo gana la orilla francesa del puente. Dos relámpagos, seguidos muy de cerca por horrísonos truenos, hacen persignarse a la joven madre y crisparse a su hijito. Don Mariano Antonio no puede contener un gesto malhumorado de impaciencia y desdén. Ya en ruta hacia Bayona, el pequeñuelo, en brazos de la madre, que lo arrulla, logra cobrar el sueño, cortado todavía de cuando en vez por un hipo nervioso que le hace estremecer.

Hijo de afrancesado, débil físicamente, malcriado, nervioso y sin el calor familiar de un hogar bien avenido, el chiquillo Mariano José de Larra, que pasó la frontera para Francia en 1813, estaba ya predestinado al romanticismo y a un fin trágico.

La tertulia de «Fígaro», 1835

Sala del Parnasillo en el Café del Príncipe. La luz vacilante del quinqué que cuelga en el centro, trata de llegar, perforando el humo denso de los cigarros, a los raídos damascos rojos de las paredes. En el rincón del fondo -entrando a la derecha- forman círculo a un velador cuatro chisteras negras. De ellas cuelgan sujetando caras de color de cirio, cuatro barbas muy en el ambiente. La del señor marqués de Molins -don Mariano Roca de Togores- destaca por su brillo. Las otras le sirven de resalte y corte de honor. Aún no hace diez minutos los cuatro caballeros aplaudían con gesto entre inteligente y despectivo desde un palco proscenio del Teatro del Príncipe, la primera representación del drama que acaba de estrenar su buen amigo, secretario del Estamento de Próceres, don Ángel de Saavedra, duque de Rivas. Los cuatro contertulios comentan la osadía del autor de este *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

-Por cierto -dice el señor marqués-, quisiera yo conocer el juicio de *Fígaro*, a quien he visto en una luneta de la cuarta fila, y que me extraña se retrase tanto. Si no es -añade con estudiada pausa- que ande alguna dama de por medio.

Mientras el marqués acaba su parlamento, atraviesa la salita con seguro continente y como al conjuro de la evocación la silueta de Mariano José de Larra. Envuelto el cuello en un plastrón de raso café oscuro, ceñido el cuerpo enjuta por levita del mismo tono, en la mano derecha la bimba reluciente y enmarcado el rostro largo y cetrino por barbita rala y escaso pelo alborotado, el crítico mordaz que se sabe temido, se acerca con sonrisa enigmática a sus contertulios, planea en lento ademán sobre una silla, encarga a Pedro, el viejo camarero, una taza de chocolate con un mojicón tierno, y librando con un gesto que quiere ser mundano, sus dedos afilados -163- y nerviosos de la prisión de unos guantes de cabritilla gris, pone su paño al púlpito.

Las palabras salen como arrastradas de entre sus labios incoloros. Recibir la merced de escucharlas es premio de elegidos y el propio orador no puede castigarse a perder el regalo de sus sutiles pensamientos.

-Ya les he visto, señores, aplaudiendo a nuestro duque esta noche. Plausible intento de Saavedra con el *Don Álvaro*... y algunas cosas muy en su punto. Recuerdo aquellos versos que dice el don Carlos inspirados en mi crónica *¿Entre qué gente estamos?* publicada en noviembre. Y suenan bien:

Estoy, ¡vive Dios!, corrido
de verme comprometido
a alternar con esta gente.

Porque la verdad es que aquí nadie sabe ocupar su puesto. No hay jerarquías, ni respeto a la inteligencia. Todos somos unos. Cualquiera se cree con derecho a opinar sobre lo divino y lo humano. Seguro estoy que si le preguntásemos a ese anciano Pedro qué le parecen los admirables versos de don Juan Bautista Alonso, que para mí reputo por lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua, nos diría sin embarazo un ex abrupto como cualquier redactor de *El Diario de Avisos* o de *El Observador*.

Ante el gesto interrogante de Roca de Togores, *Fígaro*, complaciente, se explica:

-No puedo creer, marqués, que aún no los hayáis visto. Ya hace un mes que están a la venta en la librería de la calle de Carretas. Son asombrosos de inspiración y sencillez y en la última carta que le he escrito a De Vigny le he copiado esta primorosa quinteta:

Salgamos, bella Jacinta,
a ver tu hermoso jardín
y el robledal de la quinta,
pues ya canta el colorín

y el sol tus rosales pinta.

-164-

Claro que en el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española estas poesías caen en el vacío. Pocas inteligencias habrá capaces de apreciarlas. ¡Ah, si fuéramos franceses, qué diferencia! Aquí, con ocuparnos de si Zumalacárregui corre por las montañas de Pamplona y si el Ros y Borjes siguen sus fechorías por Cardona, ya imaginamos cumplida nuestra misión. Por cierto, amigos, que en la redacción de la Gaceta, por la que he pasado esta tarde, me han dicho a estos propósitos que Zumalacárregui había conseguido cortar los puentes que dan paso a la Borunda, ha abierto zanjas y parapetos para impedir su travesía, y ha situado fuerzas en Echarren, cubierto toda la línea con partidas de observación y parece que en Echarri-Aranaz ha quemado varias casas contiguas al puente. Pero ya incido yo en el vulgar trabajo de ocuparme en operaciones como los cien mil estrategas desocupados a los que más valiera callar mejorando con ello el mal gusto reinante que padecemos.

Las palabras de Larra, espesas al principio, van fluyendo luego ante el silencio de sus auditores; ha escurrido la opinión sobre el triunfo del drama de su amigo; ha aprovechado la ocasión para recordar en tintas negras la penuria de España; ha zaherido a sus compañeros de prensa; llenado de elogios desmedidos a un poeta vulgar que nunca le hará sombra, y criticado la preocupación por una guerra civil que ha de llenar el siglo. Todo esto en el tiempo en que su pocillo de chocolate se ha ido vaciando y el azucarillo tostado que le ha puesto Pedro en el vaso de agua se ha disuelto, tiñendo el agua de color caramelo.

Es el final de una jornada de *Fígaro*. Su acritud se crece ante el silencio ajeno. Pero no le basta el auditorio del Parnasillo; su bilis necesita de una tribuna pública. ¿Por qué, como Saavedra, no ha de ser diputado, aunque para ello se desdiga del credo liberal?

Lunes de carnaval, 1837

Grupos de destrozonas en alegres comparsas recorren el salón del Prado con escobas y latas en algarabía goyesca. Nuevas coplas del *Chíbiri* surgen espontáneas sobre los moderados, el fracaso de Istúriz, el Motín de La Granja y los múltiples sucesos políticos del año 1836. El sol poniente del 13 de febrero no calienta los guijarros, ocultos bajo la nevada, de la Carrera de la Virgen de Atocha, por la que suben perezosamente las carretas con bueyes hacia la plaza de Antón Martín. Las tabernas de la calle del Ave María y del Avapiés no dan abasto a despachar tanta clara con limón como trasiegan las reseca gargantas de los castizos que, solos con su borrachera amorosamente cultivada para que dure los tres días de carnaval, recorren calles, callejas y plazuelas golpeando con la mano del almirez el bombo improvisado o sacando roncós sonidos a la zambomba enjaezada que lucen con orgullo. Todo Madrid bulle alocándose bajo el fugaz imperio del dios Momo. No se siente el frío, ni se teme al carlista.

Embromadas constantemente por las pandillas de destrozonas que las rodean y bailan en remedo de danzas litúrgicas, dos damas logran alcanzar la calle de Santa Clara y ganar un portal de no mal aspecto.

-¡Por fin! -exclama la más joven de las dos-. Creí que no llegábamos, Dolores.

-Era preciso hacerlo, hijita. Perdóname, pero hoy ha de quedar resuelto de una vez lo mío con Mariano.

Van a dar las ocho de la noche cuando del portal salen de nuevo Dolores y su amiga. Apenas en la calle, cuatro máscaras sin reparar en las huellas de sufrimiento impresas en el rostro de Dolores, les hacen coro y acompañan su *Chíbiri* con grandes saltos. Ellas tratan de escabullirse, pero los del coro,

girando con rapidez -166- mientras cantan, se lo impiden. Va a terminar la canción:

Ay chíbiri, chíbiri, chíbiri,
ay chíbiri, chíbiri, pum.

Y un eco que viene del primer piso repite dominándolo todo: ¡Pum!

Dolores y su amiga palidecen y salen corriendo; los borrachos se miran un instante y sin explicarse tan rápida huida, se agarran del brazo y siguen su ronda por la Villa y Corte.

Arriba en el despacho de *Fígaro*, Adelita Larra se abraza al cuerpo exánime de su padre que yace junto a la pistola con la que, mirándose ante el espejo, se ha levantado la tapa de los sesos.

* * *

Miércoles de ceniza. Gacetilla de cuarta plana de *El Eco del Comercio*: «A las ocho menos cuarto de la noche de anteayer se suicidó de un pistoletazo nuestro distinguido escritor don M. J. de Larra... No nos atrevemos por delicadeza a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe.»

Iglesia de Santiago. Cuatro de la tarde. Nutrido cortejo acompaña por primera vez a *Fígaro*. Son los amigos que para evitar la sepultura de misericordia han costeados los gastos del entierro.

Todavía, entre dos vasos de clara con limón, algunas máscaras saludan en la Glorieta de Atocha el paso del cadáver. ¡Ay chíbiri, chíbiri, pum!

VIII. La conjura del Puerto de Santa María

El señor Conde de La Bisbal y sus sentimientos liberales, 1819

Olímpico, pomposo y condescendiente, el señor Conde de La Bisbal se dignó dar a entender a los oficiales de la guarnición de Cádiz que acudiría a la entrevista a que se le invitaba para concertar el levantamiento cuyo fin era proclamar la Constitución doceañista y acabar con el servilismo.

El señor Conde de La Bisbal -arrogante prestancia de ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación, reunidas en la isla de León- había dejado entrever a los emisarios del Ejército, con palabras entre anodinas y misteriosas, que, a pesar de todo, él, en el fondo, tenía sentimientos liberales. Y no dejaba de ser su afirmación un tanto cierta.

El señor Conde de La Bisbal -o del Abisbal como gustaba firmar don Enrique O'Donnell, capitán general del Ejército- se había adelantado en 1814 hacia el «amado monarca» Fernando VII, al regresar éste de su prisión en Francia, con dos discursos altisonantes. En el uno se cantaban las excelencias de la autoridad absoluta del soberano y los deberes de los españoles de someterse a la «paternal» sabiduría del príncipe; en el otro se hablaba de las ventajas que para la nación habría de significar el desenvolvimiento progresivo de las instituciones populares. Las voces «progreso», «libertad», «democracia», «pueblo» y «nación», tenían un sonido metálico de falsete ampuloso cuando eran pronunciadas -168- por la importante caja de resonancia bucal de su excelencia.

Pero en tan señalada ocasión como la del regreso del rey a su pueblo que había combatido heroicamente por él y por la libertad de España, tan hermosos vocablos quedaron en el fondo de uno de los bolsillos de la casaca del señor Conde de La Bisbal. Por eso tenía un poco de verdad lo de que «en el fondo» había en él algo de sentimientos liberales.

Los sentimientos liberales del señor Conde de La Bisbal cabían en unas hojas de papel; las hojas cabían en un bolsillo interior de la casaca, y esa casaca cabía con holgura en el bien nutrido guardarropa del señor Conde de La Bisbal o del Abisbal, que, con no reclamarla de su hierático ordenanza de cámara, podía caer en desuso, quedando allá en el fondo y olvidados los sentimientos liberales de su excelencia.

La expedición preparada para acudir en ayuda del general Morillo y, al reforzar sus efectivos diezmados por los patriotas americanos y por las fiebres, tratar de dominar la guerra de la independencia de los virreinos de la Nueva Granada y del Perú, de la Audiencia de Quito y de la capitánía general de Venezuela, había congregado en la ciudad de Cádiz un fuerte ejército expedicionario. Los conspiradores de las logias, de los clubs y de las sociedades secretas, entre los que figuraban muchos militares, habían logrado llevar su acción y su influencia a destacados jefes de ese ejército expedicionario.

El «negocio» de los barcos transportes comprados al zar Alejandro II, que resultaron no estar en condiciones de navegabilidad, sirvió, hábilmente explotado por los conspiradores, para minar los cimientos del Absolutismo, al que nada importaba la seguridad y aun la vida de los soldados españoles.

Se tenía la impresión de que la travesía no podía cumplirse en esos buques comidos de broma, y que la expedición estaba abocada a un desastre. Se habían presentado además varias epidemias entre la tropa por las ~~-169-~~ insanas condiciones del acuartelamiento, y los agentes liberales, moviéndose con actividad, extendían y ahondaban el descontento.

El señor Conde de La Bisbal -con sentimientos liberales en el fondo- se había dejado insinuar el deseo de algunos jefes de que pusiera su «espada prestigiosa» al servicio de la causa de la libertad, asumiendo el mando del movimiento que de un momento a otro estaba para lanzarse.

Para concretar las proposiciones y coordinar la acción se le había citado a una reunión en el Puerto de Santa María. El señor Conde de La Bisbal

preciábase de estrategia y de táctico. Su estrategia le aconsejaba asistir; su táctica le hizo adoptar disposiciones previas. Las ambiciones de un general aristócrata que debía al pueblo posición y gloria e incluso el haber sido tratado de alteza durante su regencia, no conocían límite. Le quedaba aún una bella condecoración que añadir a las que en solemnes ocasiones colgaban de su aguerrido pecho: la gran cruz de Carlos III. Se hacía necesario conquistarla y para ello su excelencia no se paraba en barras. Las tenía otorgadas por el pueblo y por el rey absoluto. Rey y pueblo podían subir o descender en la marejada política; el señor Conde de La Bisbal, de cada vaivén, de cada alternativa, lograba en elegante volatín prenderse una nueva presea en su uniforme tachonado de condecoraciones. Un mílite de su prosapia sobrenadaba siempre en las turbulencias de aquella España dolorida y exhausta.

* * *

La carretela del general jefe, señor Conde de La Bisbal, avanzaba desde Cádiz hacia el Puerto de Santa María, dejando tras de sí nubes de polvo cuyas partículas brillaban al sol de aquella tarde de Andalucía del 7 de julio de 1819. Los espléndidos trotones del negro tronco que la arrastraba, marcaban, junto a los arneses, sobre el azabache luciente de su pelo, las manchas blancas del sudor con que les decoraba el ejercicio a pleno sol.

-170-

El cochero hacía restallar al aire el látigo para avivar el trote y el chasquido silenciaba por un instante el monótono canto de las chicharras. Su excelencia quería llegar al cuartel de la brigada con acantonamiento en el Puerto a las seis de la tarde.

Ampliamente repantigado en los asientos posteriores del coche, el señor Conde de La Bisbal comunicaba sus instrucciones al ayudante, que, sentado frente a él, le escuchaba entre respetuoso y bobalicón. De vez en cuando, en alguna curva del camino, los rayos del sol se posaban sobre los esmaltes de las cruces que refulgían en el pecho del ilustre «mílite», y el destello daba

insospechadamente en los ojos poco expresivos del ayudante de su excelencia, que, no atreviéndose siquiera a pestañear, aguantaba el relámpago hasta saltársele las lágrimas.

A la entrada del Puerto se detuvo la carretela ante una casa de dos pisos, con tres balcones en el de arriba y dos grandes ventanales con abombadas rejas en el bajo. Sobre la puerta un escudo labrado en piedra sillar, bastante maltratado por el tiempo, hablaba de blasones no demasiado recientes. El ayudante saltó ligero del carruaje, abrió la cancela, que sólo se encontraba entornada, y se internó en ella para salir a los pocos minutos y ocupar de nuevo su asiento frente a su general. Éste, que había mirado con recelo hacia atrás y adelante mientras el joven oficial había permanecido en el interior de la casa, le interrogó con la mirada, y el ayudante sin abrir la boca hizo un gesto solemnemente afirmativo y ordenó al cochero:

-Al cuartel de la brigada.

Arrancó el carruaje en brusca sacudida que hizo bambolearse al señor conde dejando oír el tintineo metálico de sus preseas, y, hasta que divisó la entrada del cuartel del regimiento de la Corona, una sonrisa sibilina fue iluminando la severa faz del ilustre prócer.

* * *

-171-

El cuarto de banderas del regimiento de la Corona albergaba a la mayor parte de los jefes de los diversos acantonamientos del cuerpo expedicionario preparado para embarque hacia América. Un cierto nerviosismo impedía que la conversación se generalizara.

-¿Y prometió estar aquí a las seis? -preguntó impaciente un joven capitán graduado de teniente coronel.

-Sus palabras fueron exactamente, exac-ta-men-te: «Espérenme ustedes.» Y yo le había dicho que hoy a las seis sería para nosotros un gran honor que

nuestro general nos acompañase a merendar -respondió un coronel de infantería poseído de la trascendencia de su intervención.

Se preparaba a continuar, sin duda, cuando las cornetas sonaron en el cuerpo de guardia anunciando la llegada del general jefe.

El silencio era eléctrico. Los tres jefes de mayor graduación: un brigadier y dos coroneles, entre ellos el que acababa de hablar, salieron en busca del importante invitado que llegaba.

El resto de los jefes y oficiales se pusieron en pie en posición de firmes. Uno de ellos se atrevió a formular a media voz la duda que le atormentaba:

-¿No pasará como en lo de Alicante?

Si las miradas pulverizasen, el comandante que se había atrevido a romper el silencio, hubiese quedado aniquilado. Pero no hubo tiempo para que nadie contestara.

Se oyeron pasos en el corredor inmediato, por el que habían ido a esperar al general los tres jefes, y al cabo de unos segundos llenos de solemnidad, la silueta del señor Conde de La Bisbal se recortaba majestuosa en el marco de la puerta.

-Buenas tardes, señores -dejó que su saludo impresionase a los allí congregados y agregó-. No creo que les cause sorpresa mi presencia. Correspondo a su confianza y acepté compartir con ustedes la merienda de esta tarde.

Rebotaban las palabras del prócer.

-172-

-Mi general -dijo el coronel que antes había anunciado la aceptación del convite-, como suponemos que el tiempo de vucencia es precioso, y estamos aquí ya los principalmente interesados, si vucencia lo desea podemos pasar al comedor que se ha preparado. Allí se encuentran varios amigos a quienes creo

vuecencia conoce y que, por no ser oficiales, hemos preferido que no aguardasen en banderas.

-Pasemos, señores; el servicio de la patria así lo aconseja y nunca podrá decirse que he vacilado en él -sentenció el conde. Y seguido del brigadier, de tres coroneles, uno de cada arma, de cuatro tenientes coroneles, cinco comandantes y doce oficiales entre capitanes y tenientes, el excelentísimo señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias del año 1810, se internó por los pasillos y corredores del cuartel, con digno continente, como cuadraba a quien «en el fondo» tenía sentimientos liberales.

* * *

El aspecto del comedor de oficiales era inusitado. Un retrato de su majestad el rey don Fernando VII en uniforme de capitán general del Ejército, debido al pincel no demasiado hábil de algún pintor provinciano, ocupaba el centro de una de las paredes, la del fondo según se entraba en la habitación. En la de la izquierda, dos panoplias con sables, y pistoletes se emparejaban equidistantes. En la de la derecha, dos balcones que se abrían sobre el amplio patio del cuartel hubieran permitido la entrada de la luz, si los cuarterones no estuviesen cerrados. En un rincón, un reloj de caja medía el tiempo con su monótono tic-tac. Sobre la mesa tres grandes velones de Lucena iluminaban a los circunstantes con reflejos entre rojizos y amarillentos. La seriedad de lo que allí iba a tratarse se observaba en los rostros de militares y paisanos. Se habían hecho las presentaciones de rigor. Entre los concurrentes se encontraban un enviado de la Logia de Madrid y cuatro representantes -173- de los clubs y de la Gran Logia de Cádiz. El señor Conde de La Bisbal presidía la mesa con majestad hierática.

-No sé, en verdad, señores, si mi presencia aquí la hubiera aconsejado una conducta prudente; pero se me insinuó la conveniencia por el bien de España y la invocación del sagrado nombre de la patria no ha sido nunca para mí requerimiento vano. Yo espero que tan ilustres caballeros y patriotas como los

aquí reunidos habrán meditado bien su plan, si es que de un plan se trata, y agradecería sus explicaciones sobre el objeto de esta entrevista.

Las palabras solemnes de su excelencia se desgranaban enrareciendo el ambiente.

El enviado de la Gran Logia de Madrid no pudo contenerse:

-Excelencia, sus palabras me causan la impresión de que al llegar aquí desconoce aún nuestros propósitos y planes, y, a lo que tenía yo entendido (ésta es la razón de mi viaje desde la Corte) contábamos ya con la adhesión valiosísima de vucencia, quedando sólo por fijar los últimos detalles. Pero como ya no es tiempo de vacilaciones, he aquí en pocas palabras de lo que se trata: la audacia y la indignidad de los serviles ha llegado a un punto en los últimos tiempos que exige una pronta reacción nacional. Jefes y oficiales del Ejército, que se han batido por la independencia de la patria, se ven perseguidos, postergados y castigados por expresar su lealtad a la Constitución, como si el amor a la Libertad fuera pecado nefando o traición. No tengo que recordar el nombre del valiente general Porlier, ni de su ayudante Umendía, o el general Lacy, fusilado en el castillo de Bellver, ni el de los oficiales del batallón de Marina, o los del de Santiago, o el de Mondoñedo y el de Lugo y el del Cuadro de Navarra, o los oficiales de artillería Viguri, Ángel Ruiz, Pezuela o mi amigo César Tournelle. En la memoria de todos están las persecuciones de los paisanos de La Coruña que se mostraron partidarios de la Constitución. Entre ellos había eminentes clérigos como don Manuel Pardo, don Joaquín Patiño y don José -174- Gayo; el alcalde Larragoiti, el prior del Consulado don Marcial del Adalid; comerciantes, artistas, el director de la Fábrica de Tabacos don Marcelino Calero. Y no era bastante esa persecución implacable. El propósito de la camarilla fernandina de enviar a una muerte cierta a nuestros soldados preparando esta expedición a América para combatir a unos hermanos que pelean por sacudir allá el yugo que aquí nos oprime, ha sido la gota de agua que derrama el vaso de nuestra paciencia. ¿No es así, señores? -preguntó dirigiéndose a los reunidos que afirmaron en silencio con la cabeza-. Y no sólo se trata de combatir a gentes que profesan

nuestros mismos principios, sino que para el transporte se han comprado y dispuesto unos buques que no resisten dos días de navegación, cuanto menos la travesía a Indias. Vucencia debe de conocer, quizá mejor aún que yo mismo, el escándalo de ese negocio vergonzoso: España ha pagado en buen oro una mercancía inservible por averiada y en esos navíos que están casi pasados de punto para el desguace, se pretende embarcar al ejército expedicionario. La ofensa es directa al Ejército y así lo han entendido estos amigos. La hora de la redención de España está marcada y recordando que vucencia ha combatido también por la independencia nacional, fue regente del reino y ha tenido su vida amenazada en cierta ocasión por los manejos del servil Eguía, hemos creído que el nombre de vucencia al frente de este movimiento sería la mejor garantía de nuestros nobles propósitos. Y ahora, excelencia, esperamos vuestra decisión para poneros al frente de las tropas que en la noche de mañana, al terminar la revista de fuerzas en el Palmar, proclamarán la gloriosa Constitución de 1812 que tantas ilusiones vio nacer, para morir, desgraciadamente muy pronto, a manos de los serviles.

El señor Conde de La Bisbal encajó sin pestañear el discurso del representante de los masones. Dos o tres veces levantó el arco de la ceja derecha, pero inmediatamente recobraba la impassibilidad. Al terminar las palabras -175- precedentes, los reunidos clavaron sus ojos en el señor Conde de La Bisbal.

Éste carraspeó, apartó de delante de sí en la mesa una copa de agua, dirigió una mirada circular a los conspiradores y cuando se disponía a romper el más espectacular de los silencios, dos solemnes campanadas del reloj de cada comedor, marcando los dos cuartos para las siete, hicieron recordar a todos que inexorablemente se iba aproximando el momento para la ejecución de su compromiso.

-Señores -comenzó el general con la mirada como perdida en la lejanía y el acento grave que correspondía a su elevada condición-, no he de negar que el misterio de que se había rodeado la invitación que ustedes me hicieron para acompañarles hoy tenía su justificación. No quisiera yo que mis palabras se

interpretasen torcidamente. Si no he comprendido mal, propóñenme ustedes lo que pudiera yo llamar un honor y un deshonor: el honor de que su proyecto vaya unido a mi nombre al otorgarme el mando; el deshonor de que traicionando la confianza de su majestad, que Dios guarde, tiene en mí puesta, atente contra las facultades que como nuestro legítimo soberano tiene. ¡Dolorosa encrucijada de honores y deberes, para quien como yo, teniendo, ustedes lo saben y tal creo sea la razón de su confianza, en el fondo sentimientos liberales, ha hecho de la lealtad a su rey el norte y guía de una conducta que ha merecido más de una vez el dictado, acaso excesivo, de intachable!

De uno de los extremos de la mesa interrumpió una voz:

-Perdone vucencia, pero nadie piensa en atacar a su majestad. El movimiento es exclusivamente contra el servilismo que tiraniza a la nación.

El que así cortaba el hilo de los complejos pensamientos de su excelencia era uno de los civiles, representante de los clubs políticos de Cádiz. Levita café, plastrón azul, guedejas negras rizadas, frente no demasiado amplia y con la tez pálida del conspirador romántico, don -176- Tomás Istúriz, miró en su derredor como buscando aprobación a lo dicho.

Su excelencia se había congestionado ante el atrevimiento de Istúriz. Los dedos de su mano izquierda que tamborileaban con las yemas sobre la mesa mientras hablaba el osado interruptor, cesaron en su ejercicio y quedaron crispados, aprisionando una cucharilla de postre. Se oyó el trémolo de un fuerte carraspeo y la voz del señor ex regente del reino se hizo más ronca.

-Mi situación y mis antecedentes, señores míos, creo que me hacen acreedor al máximo respeto. Se me plantea un problema de conciencia y cuando expongo sinceramente lo delicado de mi posición, se cruzan aclaraciones innecesarias, porque si de algo que se dirigiera contra su majestad se tratase, arrestos me sobran para perder la vida en su defensa luchando solo contra sus enemigos.

El tono heroico que por momentos adquirirían las palabras en boca del general, tenía intimidado a algunos, pero el representante de la Logia de Madrid, el coronel Arco Agüero y los tenientes coroneles Quiroga y Roten, tras cruzar unas miradas de inteligencia, habían hecho ademán de incorporarse de sus asientos cercanos a la puerta. El señor Conde de La Bisbal captó con prontitud el peligro y cambiando de tono agregó precipitadamente:

-... Pero por fortuna no es ése el caso. Sé que todos ustedes son fieles vasallos de su majestad y acendrados patriotas -los que se incorporaban volvieron a sentarse-. Es muy cierto que de un tiempo a esta parte se han cometido abusos -su voz iba adquiriendo otra vez acentos de epopeya-, y yo he sido el primero, señores, que arrostrándolo todo, he denunciado ante nuestro amado monarca el rey don Fernando, a aquéllos que medran sin consideración y especulan con los dolores nacionales. Lo he denunciado y he clamado justicia..., por eso comprendo muy bien los sentimientos que les animan y que yo no pudiera decir que repudio. Yo sé que su majestad no está contento de algunos que titulándose -177- sus más rendidos servidores, lo presentan a él, cuya sola preocupación es hacer la felicidad de España, como a un déspota sin alma, y tengo mis razones, que me permitirán ustedes me reserve por ahora, para creer que un cambio de política está próximo. Comprendo su impaciencia, pero yo quisiera, señores, que ustedes comprendieran también que tan grave decisión, ya que la máxima responsabilidad se echa sobre mis hombros, requiere por lo menos meditar en los detalles del plan elaborado, para que nada quede sin prever. ¿Puedo, pues, señores, demorar mi respuesta hasta las nueve de esta noche?

Al observar el general los cuchicheos de los conspiradores, continuó:

-Mi propuesta es la siguiente: que me acompañe usted, mi coronel - señalaba al que le había transmitido la invitación-. Nosotros permaneceremos en el Puerto en su alojamiento. Ustedes, los demás, nos esperan aquí. A las nueve estaremos de regreso con mi respuesta y así no se levantarán sospechas. Desde las nueve hasta mañana a la hora fijada hay tiempo para

circular las órdenes y que cada uno se haga cargo de su mando. -Y terminó sonriente-: ¿De acuerdo, señores?

-De acuerdo -contestaron a una los conspiradores.

Con gran ceremonia y estrechando la mano de cada uno de los presentes, el señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación, salió acompañado del coronel, mientras la reunión se iba animando con el convencimiento de que se había definitivamente adscrito al Liberalismo la prestante figura del general O'Donnell, conde de La Bisbal.

* * *

Bajo el cielo estrellado de la bahía de Cádiz las blancas casas del Puerto de Santa María se recortaban en el azul profundo del firmamento. El rumor de las olas al deshacerse contra la costa daba al cuadro la apacibilidad de una bella estampa marinera. Lentas campanadas -178- del reloj de la parroquia marcaron, tras los cuatro cuartos de sonido alegre, nueve golpes espaciados y sonoros cuyas graves vibraciones iban a perderse sobre las aguas o a quebrarse en las callejuelas impregnadas del yodo de la mar. La paz de la noche veraniega parecía no poder turbarse.

En el alojamiento del coronel, el señor Conde de La Bisbal disfrutaba del sereno espectáculo espiando la calle solitaria, tras el balcón de una salita con suelo de mosaico rojo, muebles enfundados de blanco, doradas cornucopias en las paredes y en la que, ante una campana de cristal de la Virgen del Rosario, erguida en panzuda consola de caoba y custodiada por esbeltos búcaros de porcelana donde se desmayaban unas pocas rosas rojas, ardía mortecina lamparilla de aceite.

Un oficial envuelto en larga capa apareció por la esquina de la calle a poniente y avanzó con cautela pegado a las casas de la acera opuesta hasta ocultarse en un gran portalón frente por frente al del alojamiento del coronel. El general O'Donnell siguió todos los pasos del prudente oficial, abrió el balcón

procurando no hacer ruido con la falleba, sacó el brazo derecho arrojando un papel, cerró de nuevo el balcón y con aire inocente se sentó sin prisa en una de las hundadas poltronas. En aquel momento se oyó la voz del coronel.

-¿Da vucencia permiso?

-Adelante, coronel -respondió el conde, que no pudo evitar su estremecimiento pensando que pudiera haber sido oída su maniobra.

El coronel asomó respetuoso a la puerta. Nada indicaba que tuviera sospechas. Adelantó tres pasos, en tanto se levantaba el señor conde, y dijo:

-Han sonado las nueve hace poco y los compañeros deben de estar ya impacientes. ¿Le parece a vucencia que vayamos?

-Vamos. Se pasó pronto el tiempo, coronel, y aunque no es mi hábito, llegaremos con algún retraso.

Descendieron hasta la calle y con paso no acelerado, que eso no lo permitía la prosapia de su excelencia, pero -179- sí seguido, se encaminaron al cuartel. El señor conde alargaba el oído. Antes de doblar la esquina se oyeron no demasiado lejos los cascos del galope de un caballo. El general O'Donnell respiró profundamente. Su ayudante continuaba desendolviendo la brillante táctica que tanta fama diera en la guerra y en la paz al avisado don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

Cuando llegaron al cuartel y el general jefe accedió a ponerse al frente de los constitucionalistas, tras de haber exigido garantías de que nada se tramaba contra el rey y de que se reunirían aún al día siguiente a las cinco de la tarde, cada uno de los comprometidos se dirigió a su puesto.

La estrellada noche gaditana cobijó diversas galopadas que con órdenes secretas se iban precipitando por los caminos que se dirigen a Cádiz y a los acantonamientos de fuerzas del ejército expedicionario. Al trote largo de su tronco de azabache, la carretela de su excelencia desanduvo el camino hecho

por la tarde. Los agitados pensamientos del prócer se apaciguaron con las caricias de la brisa nocturna.

* * *

En la alcoba de su casa en Cádiz, su excelencia dormía con beatitud, no sabemos si soñando con la solemne imposición de la gran cruz de Carlos III, o con la gloria de haber proclamado la Constitución doceañista. Unos golpes discretos dados a la puerta de la alcoba volvieron a la vigilia al insigne guerrero.

-¿Qué pasa? -inquirió con voz somnolienta.

-Excelencia, el general Sarsfield desea hablarle con urgencia -dejó oír a media voz el ordenanza.

-Pero ¿qué hora es? -preguntó el conde.

-Las dos y media, excelencia.

-Tráeme las pantuflas, y un pantalón recto, y dile al general Sarsfield que pase -añadió nervioso el señor conde.

-180-

Levantose el prócer, se puso, remetiéndose la larga camisa de dormir, los pantalones que le tendía el servidor, deslizó los pies dentro de las pantuflas en chancleta, se alisó los cabellos con la mano izquierda y sin acordarse de que llevaba puesta una bigotera, se adelantó a la puerta a esperar a Sarsfield, el general de caballería del cuerpo expedicionario.

Anunciado por el sonar de sus espuelas, apareció éste.

-Perdón por la visita intempestiva, excelencia, pero el asunto bien merece, creo yo, interrumpir su sueño -dijo sin excesivas contemplaciones el de caballería.

-Pase y siéntese, general. Le escucho -susurró el conde.

-Acaba de llegar un correo especial de Madrid con este pliego urgente para vucencia.

Mientras lo decía, sacaba del bolsillo interior del dormán un sobre lacrado y se lo tendía al general jefe. Éste, con la parsimonia que le caracterizaba al actuar delante de sus subordinados, rasgó el sobre y no pudo contener un gesto de desagrado al leer las cortas líneas del mensaje. Dirigiéndose a Sarsfield, preguntó:

-¿Sabe usted de lo que se trata?

-No, mi general, pero imagino que debe de ser importante porque Regato esperaba que llegase hoy algo para vucencia.

-El asunto es grave, Sarsfield, y sólo a un soldado probado como usted en cien ocasiones se le puede dar a conocer. Claro está que mis palabras son confidenciales y en servicio de su majestad.

-Me alarma vucencia, señor conde, y las espero impaciente -dijo con el heroico continente del que no vacila en lanzarse a un espantable abismo.

-Gracias, Sarsfield, sabía que podía contar incondicionalmente con usted, y en estos revueltos tiempos en que andamos, la lealtad es una de las más escasas virtudes. En este orden de ideas, general, mi criterio ha sido siempre que a los leales se hace necesario premiarles.

Ante un gesto de su interlocutor, que lo mismo podía expresar agradecimiento por la insinuada promesa de -181- recompensa que convencerle de que ésta no se requería para asegurarse su colaboración, continuó el prócer con prosopopeya:

-No, no es que sea preciso para estimular al leal. El leal lo es en cualquier momento y condición; pero sí se me hace que el escatimar las recompensas puede hacer vacilar a quien no esté muy firme en sus convicciones. Sé muy

bien, querido Sarsfield, que no es éste su caso -añadió ante otro gesto indefinible del general de caballería-; pero vamos al mensaje que es lo que interesa.

La voz del ex regente del reino perdió su resonancia y adquirió un matiz aterciopelado de confidencia.

-Del Ministerio me dicen que algunos de mis oficiales y los masones preparan para muy pronto un levantamiento constitucionalista.

Clavó el conde los ojos en Sarsfield, y al observar que éste mostraba fiera indignación, cobró ímpetu.

-¡Esto es una vergüenza, mi general! No hay manera de pasar dos meses tranquilo sin descubrir una conspiración. La noticia, debo decírselo, no me ha sorprendido demasiado. El hábito de mando y la obligación de conocer a mis gentes me había hecho olfatear que se estaba preparando alguna cosa.

-La sagacidad de vucencia es proverbial -comentó el pazguato admirador de su excelencia.

-¡Ah!, pero esta vez van a saber quién es el Conde de La Bisbal. Le aseguro que no va a haber contemplaciones. Como me llamo Enrique O'Donnell.

El conde se había puesto en pie y medía a grandes zancadas la habitación.

-Sin embargo -agregó un poco más calmado-, hay que actuar con prudencia y rapidez.

Hizo una pausa, como meditando, y exclamó:

-Tengo ya el plan, Sarsfield.

-Estaba seguro de ello, excelencia.

-Mañana -dijo O'Donnell sentándose en una silla cerca de Sarsfield-, habrá una revista en el Palmar del Puerto de Santa María. Hay que dar la orden de

que -182- salgan inmediatamente hacia allí dos brigadas de las de guarnición, y usted mañana a las cuatro de la tarde se pone en camino con toda la caballería. Yo estaré en el Puerto y tomaré el mando de las fuerzas de Cádiz que acordonarán el campamento del Palmar en el instante mismo en que le divise a usted, e intimaré a la rendición a los sediciosos.

-Pero eso puede ser peligroso para vucencia, mi general.

-¿Y qué? No será ésta la primera, ni espero que la última vez en que ponga la vida en peligro por defender a mi rey -salmodió el ilustre personaje.

Se levantó, dando por terminada la entrevista, trató de atusarse los bigotes tropezando con la bigotera, y dirigiéndose al fiel subordinado realista, le confirmó:

-En usted confío, general, para que mis órdenes se cumplan con exactitud y rapidez. De su actuación diligente y discreta puede depender la felicidad de España y de nuestro rey don Fernando -terminó el general jefe, estrechando la mano de Sarsfield.

Al salir éste de la alcoba de su excelencia, el señor conde se metió de nuevo en la cama, y al acostarse se llevó la mano derecha al lado izquierdo del pecho tanteando el lugar en el que pronto luciría la gran cruz de Carlos III. La mala suerte de los constitucionalistas así lo había dispuesto. La táctica del señor Conde de La Bisbal no podía fallar y no fallaba.

* * *

Campamento militar del Palmar, en el Puerto de Santa María. Los toques de corneta se sucedían para activar los preparativos de la revista. Las unidades iban formando con arreglo a lo dispuesto. El sol levemente inclinado de las cuatro y media de la tarde caía inmisericorde sobre los soldados. Los furrieles habían andado muy activos toda la mañana inspeccionando armas en las compañías. Se había anunciado que su excelencia -183- el general jefe, don

Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente del reino, vendría a presidir el desfile.

* * *

La tarde caminaba bajo el sol al filo de las cinco. En el cuartel del regimiento de la Corona los conspiradores constitucionalistas esperaban al señor Conde de La Bisbal. Todo estaba dispuesto. El comandante Quiroga llevaba en un bolsillo la proclama que había de leerse a las tropas, anunciando que el Ejército había decidido acabar con el servilismo y con la expedición a América.

Cuando entró el general con el eco de la última campanada del reloj, un buen observador hubiera visto que trataba de ocultar su nerviosismo jugueteando con la fusta. Se sentaron todos, como en la tarde anterior, alrededor de la gran mesa. El general, sin embargo, continuó de pie, junto a la puerta, acompañado de sus dos ayudantes.

-Señores -dijo de repente, con voz de Júpiter tonante-, se me han ocultado puntos transcendentales del proyecto de ustedes.

Las palabras del señor Conde de La Bisbal cayeron en los reunidos como una ducha de agua helada. Continuó el general:

-Sé; lo sé sin ninguna duda, que se trata no sólo de minar abusivamente la autoridad legítima del rey, sino que, incluso, por parte de algunos, se piensa en destronar a su majestad.

-Mi general, lo han engañado -interrumpió el comandante San Miguel-. Ésa es una calumnia mal urdida contra nosotros.

-No hay calumnias que valgan, comandante. Sé bien lo que me digo. Y mientras esto se pone en claro, me veo en el deber de advertir a ustedes que conmigo no puede contarse para semejante atentado. Son las cinco, señores jefes y oficiales, y les recuerdo que es preciso asistir al desfile ordenado por mi autoridad. Nada ha -184- de acontecer esta tarde de lo platicado, y espero de cada uno de ustedes que sepan atemperarse a las circunstancias.

Estallaba el rumor de la indignación. El general, sin dar tiempo para que se respondiera a sus falsas acusaciones, dio media vuelta estirado como un pavo real, y dándose suaves golpes con la fusta de montar sobre las lustrosas botas altas charoladas, salió de allí con la dignidad de un personaje herido y el aire señorial de quien, no en vano, había sido regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación.

Los comandantes Quiroga y San Miguel y don Tomás Istúriz querían alcanzarle para exigir explicaciones. Algunos compañeros lograron disuadirles asegurando que lo peor en aquellas difíciles circunstancias era el escándalo. Los paisanos decidieron desaparecer, aconsejando a los militares hacer lo mismo. Fueron minutos de espantosa confusión. Por fin se acordó que los jefes y oficiales asistirían al desfile y después se vería lo que más conviniese hacer. El acuerdo fue que era preciso, por lo menos, aplazar la ejecución del plan.

* * *

El desfile se desarrollaba, al parecer, normalmente. Los sones marciales de las bandas alegraban el espectáculo. Las unidades iban pasando por delante del excelentísimo señor Conde de La Bisbal, general jefe del ejército expedicionario, quien rodeado de su estado mayor, rutilaba al sol de la tarde. Su excelencia llamó a uno de sus ayudantes, cuchicheó algo a su oído y éste partió rápidamente a caballo.

Cinco minutos más tarde, el campamento del Palmar estaba rodeado por las fuerzas de la guarnición de Cádiz y la caballería al mando del general Sarsfield entraba en el centro del campamento. En rápido golpe de mano los jefes comprometidos eran rodeados por soldados con la bayoneta calada. Desarmados y custodiados se les condujo al cuartel bajo arresto. Uno de los oficiales -185- -el que el día anterior se preguntaba si no acabaría aquello como lo de Alicante- al pasar cerca del general jefe, no pudo contenerse:

-¡Miserable! -gritó.

Su excelencia hizo como que no lo oía. Su técnica había triunfado en toda la línea. Podía estar seguro de que junto a las demás condecoraciones, luciría muy pronto en su pecho, que en el fondo albergaba sentimientos liberales, la brillante gran cruz de Carlos III.

El 8 de julio de 1819 marcaba una etapa lograda en las infinitas ambiciones de don Enrique O'Donnell.

* * *

Pocos días después los papeles periódicos de Cádiz y de Madrid daban cuenta de una real orden:

«Por cuanto el excelentísimo señor don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, capitán general del Ejército, ha acreditado el mayor celo en defensa de la monarquía y de la patria, con ocasión de la abominable conjura del 8 de julio último en el campamento del Palmar del Puerto de Santa María, encaminada a atentar contra los sagrados, legítimos y absolutos derechos del rey nuestro señor que Dios guarde:

Su majestad el rey don Fernando VII (q. D. g.) se ha dignado conceder al señor Conde de La Bisbal la gran cruz de Carlos III, libre de derechos.»

-186-

▽△

IX. Don Rafael del Riego

▽△

Las Cabezas de San Juan

La vida de los oficiales del segundo batallón de Asturias, 26 de línea, resultaba monótona y aburrida en su acantonamiento del pueblecillo sevillano

de Las Cabezas de San Juan. Al atardecer no era raro que después de una vuelta por la carretera que iba hacia Lebrija, o hacia Arcos, se reuniesen los capitanes de las cinco compañías en la fonda en que se alojaba el capitán, graduado de teniente coronel, don Fernando Miranda, confinado en el batallón por el señor Conde de La Bisbal a consecuencia de las detenciones del 8 de julio en el Puerto de Santa María. Unas manos de brisca o de dominó si no acudían todos, o la apetecida partida de tresillo si se lograba completar el cónclave, les ayudaban a soportar la tediosa vida de guarnición aldeana. Siempre circulaban algunas copas de amontillado o de manzanilla olorosa, y entre las discusiones a consecuencia de las jugadas, cada cual iba contando a los demás las novedades que, por desgracia para la animación de la tertulia, no eran demasiadas. La mayoría de los oficiales del batallón eran sinceramente liberales. Unos más tibios, otros más ardientes, el caso es que todos convenían en que era una lástima que ninguna de las conspiraciones para restablecer la Constitución hubiese triunfado. El capitán Miranda les había contado cien veces el placer que se permitió de llamar miserable a don Enrique O'Donnell, cuando éste, traicionando a los constitucionalistas, había detenido a los conspiradores -él entre ellos- en la tarde del 8 de julio, y cada vez que -187- el ordenanza descorchaba una botella de vino generoso, durante mes y medio se repitió el espectáculo; Miranda se levantaba solemne imitando la voz del señor Conde de La Bisbal y decía:

-Señores, por la destitución del perillán que nos mandó prender teniendo «en el fondo» sentimientos liberales.

Al principio los más templados de los compañeros le habían rogado que no gastase aquella broma, que de llegar a conocerse podía costarle otro disgusto. Luego se fueron acostumbrando todos al brindis y a las palabras de Miranda respondían a una:

-Por la destitución del perillán -y apuraban la copa.

Una noche acababan de terminar la partida de tresillo en la que Miranda había estado totalmente desafortunado, cuando entró, procedente de la calle y con evidente agitación, el capitán de la segunda compañía, Vicente Llen.

Aquel día se había reunido con Miranda, que era capitán ayudante, José Olay Valdés de la tercera, José Rabadán de la quinta y Miguel Pérez de la primera. Los cuatro le miraron interrogándole. Llen se gozaba en la curiosidad de sus amigos. Éstos no pudieron contenerse:

-Desembuche usted, capitán -gritó Miguel Pérez.

-Calma, amigos míos. Las cosas de palacio van despacio -dijo dándose importancia el capitán Llen.

-No hagan ustedes caso -terció Miranda-. Si hubiese sucedido algo importante, ya lo sabríamos. ¡A fe que no circulan pronto las buenas noticias!

-Pues por esta vez tus correos secretos no han andado rápidos. Valcárcel, que acaba de llegar ahora mismo de Cádiz, es el que me lo ha dicho.

-Pero ¿qué es lo que te ha dicho?

-¿Queréis saberlo?

-Naturalmente -dijeron todos un poco exasperados por la calma de Llen.

-Os advierto que la noticia bien vale un vaso de bon vino como diría el Arcipreste. Y si Furseo no sube la mejor botella de manzanilla vieja, no hay noticia -añadió riéndose el capitán de la segunda compañía.

-188-

Se oyó un verdadero alarido lanzado por los cuatro oficiales impacientes:

-¡Furseo!...

Se abrió la puerta como al conjuro de la voz. Furseo, el ordenanza palentino del capitán Miranda, apareció cuadrándose y preguntó:

-¿Traigo la que nos regaló doña Paloma?

-Ya que estabas oyendo, podías haberla traído -le increpó Miranda.

El ordenanza adelantó la mano izquierda que había quedado un poco oculta tras el pantalón en medio de una ovación por su diligencia, mostró la famosa botella de manzanilla vieja, que doña Paloma, madre de una linda beldad local a la que hacían currutacos la mayor parte de los oficiales, había ofrecido a Miranda, acaso pensando que era el único graduado de teniente coronel de los militares jóvenes y en estado de merecer, y que a pesar de encontrarse castigado en el batallón, por su intervención en la última conspiración, podía estar elegido para los mejores destinos si sus ideas llegaban a triunfar.

Vicente Llen tomó un vaso de encima de la mesa, lo tendió hacia Furseo, que con la habilidad del experto ya había descorchado la botella, se lo dejó llenar hasta los bordes y poniéndose en pie trató de comenzar un discurso irónicamente altisonante:

-No son estos momentos, señores y amigos míos...

-Al grano, al grano -le interrumpieron.

-Vosotros lo queredes, dijo Agrajes -continuó Llen-, sea... -hizo una pausa, levantó su vaso y ante el silencio de los demás agregó-: El perillán que te mandó prender teniendo en el fondo sentimientos liberales, ha sido destituido del mando del expedicionario por su majestad el rey, que Dios guarde, en un momento de inspiración y ha sido designado como general jefe el Conde de Calderón.

Fernando Miranda dio un estentóreo «¡Bravo!», abrazó a Llen y se bebió seguidas dos copas de la famosa manzanilla. Las preguntas comenzaron a sucederse para -189- saber las circunstancias de la destitución. Llen explicó lo que sabía. Parece que su majestad se había enterado de los escarceos liberales del señor Conde de La Bisbal y había decidido separarlo del mando.

* * *

El lunes 7 de noviembre de aquel año de continua intranquilidad política sorprendió a los oficiales del batallón de Asturias alrededor de la mesa de tresillo, como los demás que habían transcurrido desde que supieron la noticia de la destitución del general O'Donnell. En lugar del capitán Rabadán de la quinta compañía, les acompañaba el de la cuarta, Vicente Causá. Rabadán estaba de cuartel y les había prometido que de saber quién iba a ser nombrado comandante del batallón, les informaría. Acababa precisamente Olay Valdés de dar un escandaloso codillo a Miguel Pérez que había alborotado el cotarro, cuando la voz de Furseo el ordenanza anunció la llegada del teniente Pedro Delicado, de la segunda compañía. Saludó a todos y respondiendo a la pregunta de su capitán Vicente Llen de si le enviaba el capitán Rabadán, contestó afirmativamente.

-Entonces -le preguntó Fernando Miranda-, ¿ya se sabe quién viene?

-El teniente coronel don Rafael del Riego. El capitán Rabadán me ha dicho que llegará mañana por la mañana.

-¿Rafael del Riego? ¿No se llamaba así el que estuvo en la Guardia Real? -interrogó el capitán Olay.

-¿En la Guardia Real? No me gusta la presentación -cortó Causá.

El capitán ayudante Miranda sonreía entretanto.

-¿Lo conoce usted, Miranda?

-Sí, sí lo conozco, y por fortuna no es lo que ustedes suponen. Es un buen patriota y sincero liberal. Puede que también este mando sea de castigo. Yo lo conocí en Galicia. Es cierto que sirvió en la Guardia Real, pero eso nos podía haber sucedido también a nosotros; una -190- desgracia le ocurre a cualquiera. Es, además, muy buen amigo de Quiroga, y ésa es una buena garantía... aparte de otras.

-Ya, ya me figuro -dijo el capitán Llen con gesto de haber entendido la alusión a la masonería.

-Lo poco que yo sé del teniente coronel Riego lo sabrán ustedes dentro de unos minutos, si son capaces de escuchar unos instantes sin interrumpir -dijo Miranda con una sonrisa condescendiente.

-Sentémonos, señores, y escuchemos a esta gaceta viviente -apuntó Llen, con cierta sana envidilla de no ser él quien pudiera ofrecer la información.

-Si no recuerdo mal, nuestro futuro, casi presente, jefe es de Oviedo, de una familia no mal acomodada. Su padre era administrador de Correos en aquella ciudad y miembro de esas Sociedades Económicas de Amigos del País; fue amigo de don Melchor Gaspar de Jovellanos y progresista empedernido. Don Rafael hizo la Guerra de la Independencia como capitán y por encargo de no recuerdo quién contribuyó a organizar varias partidas que dieron buen quehacer al francés; se batió bravamente en Balmaseda, en San Pedro de Güeñes y en Espinosa de los Monteros. Poco después cayó prisionero de los franceses y no hacía mucho que había vuelto cuando yo lo conocí en Galicia. Tiene, por lo menos a mí así me lo pareció el poco tiempo que lo frecuenté, gran simpatía personal y sabe captarse a las gentes. Es hombre joven, no creo que tenga treinta y tres años, es de buena presencia, afable y enérgico. En resumen, no podían mandarnos mejor jefe que él en estos momentos. Me parece, amigos, que si Furseo se ha dado cuenta y así lo espero si no quiere volver pronto a una compañía, debe tener preparadas unas copas para brindar por el teniente coronel don Rafael del Riego, nuestro nuevo jefe.

-Así se habla, Miranda. Breve pero elocuente ha estado usted, y yo me sumo a lo de las copas y a levantarla por el nuevo jefe -rubricó Miguel Pérez.

Furseo, en efecto, estaba ya escanciando los vasos, cuando el teniente Delicado pidió permiso para retirarse.

-191-

-¿Cómo? Pero ¿es que no está usted dispuesto a beber con nosotros por un buen jefe? -indicó Miranda.

-Con todo gusto, mi capitán, pero no hubiera querido parecer intruso entre ustedes.

-Te olvidaste, Fernando -dijo en broma el capitán Llen-, que no en vano mi teniente se llama, además de Pedro, Delicado, y no es capaz, como lo hubieras sido tú, de convidarse por la tática.

-Mi capitán -replicó el teniente-, ni por la tática, ni por la tacita de plata de Cádiz, que es mi tierra, me quedaría yo, sin la aquiescencia de mis superiores. Pero ya con ella, permítanme ustedes que me felicite doblemente, primero por el teniente coronel don Rafael del Riego y después por el tute de capitanes liberales que nos ha tocado en suerte.

-¿Tute, y somos cinco? ¿A quién se excluye, mi teniente?

-¿Yo? A nadie; es su diploma de teniente coronel graduado el que me impidió considerarlo como capitán, mi teniente coronel.

-Gracias, teniente Delicado. Si de mí dependiese, con ese cumplido se había usted ganado un ascenso.

-Si usted me lo permite, se lo recordaré en momento oportuno, que ojalá no sea muy tarde.

-¡Caray con el joven teniente! Sin ofenderle quisiera hacerle una pregunta. ¿Cuál es su segundo apellido? ¿No será por acaso Aprovechado?

-Vamos a dejar esas pláticas de familia, amigos, y yo creo que después del codillo que me acababa de dar el capitán Olay cuando ha llegado el teniente con el recado de Rabadán, lo mejor será dejar las puestas para otro día y acercarnos al cuartel para preparar la revista de mañana.

Sin esperar respuesta, el capitán Pérez, de la primera compañía, se levantó, recogió su sable que prendió al tirante del cinturón, se abrochó los botones altos de la guerrera y con su ejemplo comenzaron a arreglarse los demás, para salir poco después hacia el cuartel.

* * *

-192-

Las cinco compañías del batallón de Asturias estaban irrefutablemente formadas de a dos en fondo en la explanada de las eras inmediatas a la villa. Serían las once de la mañana del 8 de noviembre. La mañana había amanecido fresca, pero el sol persistente había logrado caldear el día. El capitán ayudante recorría a caballo las filas para cerciorarse del buen aspecto y marcialidad de la tropa, antes de que llegase el nuevo jefe del batallón. En lo alto del campanario había apostado un vigía para que advirtiera la llegada por la carretera de Cádiz. Un punto de toque de clarín le hizo saber que el teniente coronel Riego estaba a la vista. Terminó rápidamente su inspección. Entregó el mando al capitán Causá, como el más antiguo en el empleo y salió al galope a recibir al jefe.

* * *

Por la carretera avanzaba al paso de un hermoso caballo blanco el nuevo jefe interino del batallón de Asturias, teniente coronel don Rafael del Riego. Junto a él, jinete en un tordillo de finos cabos y nervioso andar, iba su oficial de órdenes, el teniente Miguel Gómez. Adelantándose unas veces y metiéndose otras entre las patas de los caballos con la ligereza que le daba el hábito de la vida militar, un perro de aguas, de blanca lana y caprichosas borlas recortadas en las manos y en la cola, andaba y desandaba el camino.

Ya cerca del pueblo divisaron a un oficial que se dirigía hacia ellos al galope.

-Debe de ser el capitán Miranda -dijo Gómez.

-Salgamos al encuentro- contestó el teniente coronel.

Pusieron sus caballos al trote. El oficial de órdenes se situó algo retrasado para dar escolta a su jefe, y el perro, dando alegres ladridos, corría entre los dos jinetes.

Al llegar a la altura de una venta y como a doscientos metros del capitán Miranda, que era, en efecto, quien iba a su encuentro, se detuvieron. Éste avanzó hasta -193- el teniente coronel, frenó en seco su cabalgadura y saludó con el sable marcialmente.

-Bienvenido al batallón de Asturias, mi teniente coronel. -Añadió-: Capitán ayudante Fernando Miranda, graduado de teniente coronel.

-Gracias por esa bienvenida y por la presentación, que en este caso era innecesaria. Tengo buena memoria y no se me ha olvidado que nos conocimos hace unos años en Galicia.

Y alargando la mano para estrechar la de Miranda, continuó:

-¿Tanto he cambiado en este tiempo, que ya no reconoce usted a un viejo amigo?

-Yo sí recordaba, mi teniente coronel, pero nada de extraño era que usted hubiese olvidado a un oficial a quien conoció durante unos días y hace varios años.

-¿Qué tal por aquí? -preguntó Riego-. ¡Ah!, perdón, Miranda, le presento a mi oficial de órdenes: el teniente Miguel Gómez. Espero que hagan buenas migas.

Se estrecharon las manos los recién presentados y emprendieron la marcha hacia las eras, donde esperaba formado el batallón.

Delante iba Riego y a su izquierda Miranda, detrás seguía Gómez. El perrito del teniente coronel Riego se entretenía en mordisquear la larga cola del caballo del capitán Miranda como para trabar conocimiento con la nueva montura.

El capitán Causá, al ver llegar al jefe, dio la voz:

-¡Baaa... tallón, firmes!

Se oyó el golpe seco del movimiento uniforme de quinientos hombres al reunir los pies y llevar los fusiles al costado, y Causá se adelantó andando hasta cuatro metros de los que llegaban, hizo el saludo de ordenanza con su espada, y tras las frases rituales, comenzó la revista de las cinco compañías formadas.

Al terminar de examinar la tropa, cerca de la quinta compañía que mandaba José Rabadán, el teniente coronel Riego se alzó sobre los estribos y con voz firme y clara que llegaba perfectamente a todos hubo de decir:

-194-

-¡Soldados! Sois jóvenes y os veo con disposición para el manejo de las armas: aplicaos al ejercicio de ellas, tened amor y confianza en vuestros oficiales y os conduciremos a la inmortalidad.

La mayoría de los muchachos a quienes iba dirigida la equívoca arenga no se percataron de su significación. No así los oficiales, que se miraron sorprendidos unos a otros. Tras una breve pausa y del reconocimiento del jefe del batallón, Riego asumió el mando poniéndolo en práctica con la grata orden para los reclutas de «rompan filas».

Desmontaron el jefe, el capitán ayudante y el oficial de órdenes, y en compañía de los demás marcharon al alojamiento destinado a Riego.

La franca mirada del nuevo jefe, su voz bien timbrada y su agradable aspecto habían impresionado favorablemente a la oficialidad. Tenía entonces Riego treinta y un años. Las facciones enérgicas; la frente amplia: llevaba el pelo claro rizado bien peinado, con raya partida al lado izquierdo y patillas finas que le llegaban hasta media oreja; los ojos de azul acerado se perdían en la lejanía y expresaban tan pronto la exaltación más vehemente como serena comprensión. Mientras andaba rodeado de sus oficiales los observaba con atención y estudiaba el tono y las palabras de cada uno de ellos.

El teniente Gómez iba contando a sus compañeros los estragos de la peste en Cádiz y se regocijaba por haber salido al fin de la ciudad. El teniente José

Heres de la segunda compañía, en cambio, afirmaba que con peste y todo estaba dispuesto a hacer la caminata a Cádiz, antes que seguir unos meses más de guarnición en Las Cabezas de San Juan. Su novia, una bella muchacha gaditana, hija única de don Toribio Manera, rico comerciante en vinos generosos y hermano durmiente del Taller Sublime, se moría de tedio sin verlo, y el cordón sanitario de la plaza hacía tiempo lo tenía alejado de su amor.

* * *

-195-

En el cuarto de la fonda que ya conocemos, charlaban Fernando Miranda, el capitán Rabadán y el teniente Miguel Gómez. El tema de las pláticas era, naturalmente, el nuevo teniente coronel. Gómez calmaba la legítima curiosidad de sus superiores.

Desde la llegada de don Rafael del Riego resultaba casi imposible que se congregasen alrededor de la mesa camilla más de tres contertulios. Hacía quince días que el nuevo jefe tomara el mando y mañana y tarde se efectuaban ejercicios de instrucción, marchas, contramarchas y simulacros de operaciones con despliegues, asaltos de reductos, etc. La actividad dejaba escaso tiempo al tedio del que tanto se plañían antes los oficiales.

Miranda, tras varias conferencias con Riego, había reorganizado la logia del batallón, aunque ahora se prescindía de los ritos para llegar más pronto a los acuerdos. En la última reunión, durante la noche anterior, en la misma habitación en que se encontraban los tres militares, se dio cuenta de los progresos del movimiento constitucionalista, a pesar de la trastada del general O'Donnell. Ciertamente que éste no denunció las ramificaciones civiles de Cádiz, ni las de Jerez de la Frontera, y que las detenciones y castigos fueron, por primera vez -Miranda era la prueba-, bastante leves. Los principales comprometidos huyeron a Gibraltar, pero el joven diplomático masón Álvaro Alcalá Galiano, que destinado al Brasil se quedó en el puerto de Cádiz para conspirar y derrocar al Gobierno absoluto, no había huido, y se las compuso para reanudar los hilos de la abortada conjura.

En realidad eran tres los personajes centrales del movimiento: el citado Alcalá Galiano, fogoso orador en las logias y clubs; el abogado gaditano don Domingo Antonio de la Vega, de alguna edad y no demasiada energía, y el abastecedor del ejército expedicionario don Juan Álvarez Mendizábal, socio y principal agente de la casa Beltrán de Lis.

Los informes que Rafael del Riego comunicara a unos compañeros y oficiales no podían ser más optimistas. -196- Se tenía la impresión de que el mando de la sublevación, cuando estuviera ésta madura, lo asumiría don Juan O'Donojú, cuya lealtad quedó probada al sufrir tortura sin denunciar a los demás implicados en la fracasada intentona de Richard. O'Donojú, que fue ministro de la Guerra en el primer período constitucional y que residía en Cádiz, tenía prestigio y autoridad en el Ejército, y su posible mando hizo excelente impresión en la oficialidad del batallón de Asturias.

Pero volviendo a nuestra escena, oigamos las palabras del teniente Gómez sobre el nuevo jefe:

-... se encontraba prestando servicio hacía poco en los Guardias de Corps, cuando al comenzar la guerra, en 1808, la Junta de Asturias le nombró capitán, y don Rafael solicitó y obtuvo servir a las órdenes del general don Vicente María de Acebedo.

-Sí -interrumpió el capitán Rabadán dirigiéndose a Miranda-, tú nos contaste que intervino en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Güeñes y en la de Espinosa.

-Lo que no sé si sabrán ustedes es lo que le sucedió en la de Espinosa.

-¿A don Rafael?

-Sí. Blake se encontraba con que entre las fuerzas del mariscal Víctor y las de Lefebvre se iban a reunir cincuenta mil hombres y decidió retirarse a Espinosa de los Monteros después de unas acciones locales de retaguardia en Balmaseda. Así eludió las fuerzas de Lefebvre e hizo frente a las de Víctor que

todavía le eran superiores en cuatro mil soldados. El 10 de noviembre los nuestros hicieron prodigios de valor, principalmente los de Dinamarca y la división asturiana de Quirós, en la que mandaba una brigada Acebedo.

»Al caer la noche se interrumpió la acción, y Blake, en lugar de retirarse, decidió continuar la lucha al día siguiente, a pesar de la falta de alojamientos y de hospitales para los heridos.

»Nuestra ala izquierda la cubrían los asturianos desde una posición elevada que dominaba bien el terreno. -197- Víctor envió contra ellos la brigada De Maison, pero ante la resistencia que encontró mandó apostar tiradores especiales para eliminar a los jefes que se multiplicaban animando a los muchachos. El primero en caer fue el general Quirós, que en un caballo blanco recorría las filas. Poco después eran gravemente heridos los brigadieres Acebedo y Valdés. Al quedar sin jefes los muchachos, con escaso fogueo todavía, comenzaron a flaquear y a ceder terreno. Blake trató de enmendar la situación y envió al general Mendizábal. Cuando llegó, ya los restos de la brigada de Acebedo se retiraban hacia el valle del Pas.

»En la retirada, un destacamento de artillería con el que iba el convoy de heridos fue sorprendido por el regimiento de cazadores franceses que mandaba el coronel Tascher. La artillería logró escapar, creyendo al dejar el convoy que los heridos serían respetados por el enemigo; pero furiosos los franceses al perder una presa que creyeron segura, comenzaron a rematar a los heridos. El general Acebedo casi moribundo iba en el fondo de un carro regimental. Lo acompañaba su ayudante el capitán Riego. Al darse cuenta Acebedo de lo que sucedía, le ordenó a Riego que se salvara y lo dejase. Éste se negó, y cuando vio aparecer a los cazadores franceses ciegos de ira, tiró de sable defendiendo a su general. En la lucha quedó desarmado y todavía entonces trató de cubrirle con su cuerpo y de convencer a los atacantes de lo estúpido e inhumano del crimen que iban a cometer. La gallardía de su conducta llamó la atención de varios oficiales de Tascher, quienes le salvaron la vida cuando después de acabar con el general querían lanzarse contra él los cazadores.

En Francia, mientras estuvo prisionero, aprovechó bien el tiempo y habla con soltura el francés, el italiano y el inglés. De vuelta en España al término de la guerra, esos conocimientos le sirvieron para ingresar en el estado mayor. Por eso estaba en la plana de O'Donnell desde el año pasado. Yo le he tratado allí bastante y tengo la impresión de que es hombre afable, ilustrado, -198- modesto y valiente. En julio procuró avisar a los compañeros del Conde de La Bisbal, pero, por desgracia, su advertencia no llegó a tiempo.

-Si es tal como lo pintáis, teniente, el batallón de Asturias está de enhorabuena -concluyó Rabadán.

-Yo os lo había dicho -sentenció Miranda.

* * *

El jueves 8 de diciembre, festividad de la Purísima Concepción, patrona del arma de Infantería, poco después de haber asistido el batallón de Asturias en pleno a una misa de campaña en honor de la Patrona, y hallándose en banderas tomando un tentempié todos los oficiales y Riego, avisaron a éste que acababa de llegar y deseaba verle urgentemente el abastecedor del ejército expedicionario.

Don Rafael dejó a los reunidos y subió a su despacho. En él estaba esperándole un caballero de elevada estatura, corpulento, con la cabeza muy poblada de pelo crespo mal peinado e indómito, mirada abierta y franca, patillas que descendían hasta más abajo de la altura de la boca ocultándole las orejas, nariz prominente pero recta, boca con labios algo abultados y expresión osada y simpática. Era hombre joven. No pasaría, por su aspecto, de los treinta años. Vestía un macferlán mal cortado, color café, con las puntas de la esclavina vueltas por encima de los hombros, pantalón gris claro ceñido, botas altas de montar y espuelas. Jugeteaba con la fusta haciendo dibujos imaginarios en el suelo cuando entró Riego. Se levantó con presteza -más de la que pudiera suponerse en persona de su corpulencia-, dirigióse al encuentro del teniente coronel y estrechando su mano en vigoroso apretón, se presentó a sí mismo:

-Juan Álvarez Mendizábal, abastecedor del expedicionario.

-Mucho honor en conocerle; le esperaba ayer y estoy a su disposición.

-199-

Mendizábal sonrió, se acercó a la puerta, la cerró cuidadosamente después de cerciorarse de que no había nadie en las proximidades y dejó caer su humanidad en un sillón de terciopelo rojo cuyos resortes gimieron bajo el peso del señor abastecedor.

-Le escucho, señor Mendizábal.

-No sé si sabrá usted, mi teniente coronel, que O'Donoghú no ha aceptado la jefatura de nuestro movimiento.

-Me dijeron que ése era ya asunto resuelto.

-Sí, así parecía, pero a última hora don Juan comenzó a poner obstáculos y hubo que desistir. La verdad, después de lo de julio no se puede confiar el mando a quien no muestre verdadero entusiasmo.

-¿Cree usted que don Juan...?

-No, no es que lo crea capaz de lo que hizo La Bisbal, eso es cierto; mas mi consejo ha sido que cualquier general es bueno para estos casos en los que se les da todo hecho. Es más, yo les propuse a Alcalá Galiano y a don Domingo Antonio hacer yo mismo de general, si era preciso para animar a los menos decididos. Con que en el momento oportuno se vieran unos entorchados bastaba para que siguieran. No me imagino qué tal me sentaría el uniforme, pero me divertía pensar en el disfraz.

Mendizábal hablaba en un tono de confianza que se captaba rápidamente al interlocutor. Riego no pudo contener la risa.

-También usted se ríe -continuó-; veo que nadie me toma en serio como posible príncipe de la milicia... y acaso tengan razón. Por eso acepté el plan de Alcalá Galiano.

-¿Qué era...?

-Ponerse al habla con Quiroga y ofrecerle el mando con el ascenso. Quiroga es entusiasta y, además, a nadie le amarga un dulce. Ya se han entrevistado (ése ha sido el motivo de mi retraso). Ayer he tenido noticias de cómo se ha desarrollado todo en Alcalá de los Gazules. No ha habido dificultades ni tropiezos. Cierto que Quiroga, en vez de un detenido, parece el dueño del lugar. -200- Hablaron largamente en la celda, no porque en ella estuviera Quiroga preso. Se encontraron en el salón de billar del pueblo, pero fueron allá para poder platicar sin testigos. La propuesta de don Álvaro fue aceptada, como esperábamos, por el interesado. Luego se trasladaron a la cueva del cerro y Alcalá Galiano arengó a los oficiales. Ya conoce usted su estilo brillante. Se entusiasmaron todos y nuestro amigo se dirigió a Villamartín, donde en una reunión, tras algunas vacilaciones de los eternos tímidos, se impuso la opinión de Alcalá Galiano y quedó aceptado como jefe el coronel Quiroga. Como creí que valía la pena darle la información completa, esperé hasta tenerla. Y ahora quisiera saber cuál es su opinión sobre lo que acabo de decirle.

-La que usted espera, supone y desea. No puede ya detenerse esto por mucho tiempo. Además no es cuestión de personas, ni, a mi entender, de jerarquías. A mí me parece excelente la jefatura de Quiroga, a quien conozco y estimo -agregó volviendo a reír-, como me hubiera parecido admirable el general don Juan Álvarez Mendizábal.

-¡Ja ja ja! Gracias por su intención, mi teniente coronel. Creo, sin embargo, que así todos salimos ganando.

-¿Hay algún plan concreto?

-Hemos convenido tenerlo todo dispuesto para el 11 de enero. Es necesario actuar con rapidez, porque se están activando los preparativos del embarque del expedicionario y cualquier día podemos quedar sorprendidos por la noticia de que se da la orden de salida. Vaya, pues, preparando a su gente, don Rafael.

-No he hecho otra cosa desde que llegué, hoy justamente se cumple el mes; y mentiría si no dijera que estoy satisfecho. Hay alguno un poco tibio todavía, pero la actitud de sus compañeros será el mejor estímulo. Por lo que se refiere al 26 de línea, pueden contar con él.

-Gracias. Estaba seguro de ello por los informes que de usted teníamos. Y ahora, mi teniente coronel, estimo convendría me indicase alguna de las necesidades de su avituallamiento. Ser abastecedor tiene la ventaja de que - 201- mis viajes no despiertan sospechas ni recelos, pero me conviene y nos conviene justificarlos.

Se puso en pie y siguió diciendo:

-Si no le aviso en contra, dentro de tres semanas, el jueves 29, volveré para puntualizar los detalles de ejecución y dejarle las instrucciones definitivas.

Riego se levantó, buscó en una de las gavetas de la mesa, sacó unos papeles, firmó unas hojas impresas haciendo algunos pedidos de raciones de marcha y después de entregárselas a su visitante, lo acompañó hasta la puerta de la calle con la cortesía y la ceremonia de sus aparentes relaciones oficiales.

Un ordenanza que lo guardaba, entregó el caballo a Mendizábal, que montó con agilidad.

-¡Buen viaje, mi señor don Juan!

-¡Hasta pronto, mi teniente coronel!

Mientras don Juan Álvarez Mendizábal se iba distanciando del cuartel hacia la salida del pueblo, el teniente coronel Riego volvía al cuarto de banderas con

los ojos radiantes. La impresión que le causara don Juan no podía ser mejor. Ésa era la gente que se necesitaba. Dispuesta a todo cuanto fuera preciso. Acababa de nacer una amistad. Les unía el espíritu de aventura y el mismo amor a la Libertad.

-Señores, no sé por qué, pero sospecho que la patrona de la Infantería es favorable a la Constitución y a la Libertad.

Los oficiales pensaron por un momento que Riego se había vuelto loco.

* * *

El martes 27 amaneció encapotado el cielo; a las diez un fuerte aguacero decidió a Riego a suspender la instrucción de los reclutas. Apenas regresado el batallón al cuartel, el capitán Fernando Miranda entraba preguntando por el jefe. Subió al despacho, permaneció con él unos instantes y con la misma rapidez con que había entrado se dirigió a su casa. No habían transcurrido diez minutos cuando el teniente coronel salía siguiendo -202- el mismo trayecto que Miranda, y poco después se encontraba sentado alrededor de la camilla en compañía de Miranda, de Álvarez Mendizábal y de un cuarto personaje, que ofrecía fuerte contraste con Mendizábal. Todo lo que el aspecto de éste era descuidado tenía de pulcro el de su compañero. Traje impecable del mejor corte inglés, peinado a la moda más reciente de Londres. Rostro perfectamente rasurado y exhalando un leve perfume de agua de lavanda, el caballero que había llegado en compañía de don Juan Álvarez Mendizábal no podía ser por su exterior más que un diplomático o un lechuguino. En realidad, don Álvaro Alcalá Galiano reunía ambas condiciones, sin que ello le impidiera actuar de tribuno en las logias y multiplicarse en sus actividades de conspirador constitucionalista.

Habían llegado a casa del capitán Fernando Miranda en el momento más recio de la turbonada. Entregaron los caballos a Furseo, que filosóficamente contemplaba la caída del agua sentado en el portón de la fonda, y después de acomodar éste a los animales en la cuadra, condujo a los jinetes a presencia de su capitán.

Se hicieron las presentaciones al comparecer el teniente coronel Riego, y en tanto Mendizábal templaba sus manos al calor del brasero que ardía dentro de las faldas de la acogedora camilla, Alcalá Galiano llevaba la voz cantante de la reunión.

-Mi teniente coronel, los dirigentes del movimiento en Cádiz hemos llegado a la conclusión de que para mejor éxito se hace preciso adelantar los acontecimientos, si queremos evitar que se nos anticipe la orden de embarque del expedicionario. Todo está organizado y en realidad la fecha es un accidente que puede variar sin complicaciones si los jefes militares tienen preparado el dispositivo.

-Mi labor está hecha, señores, y, por consiguiente, en cuanto se refiere a este batallón, no creo que haya obstáculo alguno para cambiar el día. El problema puede presentarse con respecto a otras unidades cercanas a las que no ha habido demasiado tiempo para trabajar. -203- Pero eso puede sondearse rápidamente. Sobre todo, lo esencial es que las principales fuerzas comprometidas actúen a tiempo.

-Eso está resuelto, don Rafael -continuó el joven diplomático-. Quiroga está en disposición apenas se le advierta. Él debe salir de Alcalá de los Gazules al frente del batallón España y dirigirse a Medina-Sidonia, donde se reunirá el de la Corona, para ir juntos sobre el puente de Suazo, a la entrada de la isla. El coronel López Baños, con la artillería, el batallón Canarias y otras fuerzas de las inmediaciones de su guarnición, marchará hacia la costa donde se concentrarán todas las fuerzas del expedicionario. Si usted cree que los que quedan bajo su mando pueden secundarlo, lo mejor sería no dejar pasar el día primero del año.

-Si a ustedes les parece -exclamó Riego-, se podía llamar al comandante del batallón de Sevilla, para ver qué opina.

-¿Me llevo a buscarle, mi teniente coronel? -preguntó Miranda.

-Sí, y tráigaselo. Puede usted almorzar con él en Villamartín y a las cuatro les esperamos aquí mismo.

Salió Miranda a cumplir el encargo, después de ordenar a Furseo que no dejase entrar a nadie en la habitación más que con orden escrita del teniente coronel Riego; se despidió éste de sus amigos, para atender al batallón, y, concertados para las cuatro de la tarde, quedaron solos en el cuarto de la fonda los dos jóvenes dirigentes del golpe.

-¿Qué impresión le ha producido este jefe, ilustre diplomático?

-Excelente, mi querido don Juan. No exageraba usted en los informes que nos dio. Me parece hombre arrojado y al mismo tiempo prudente. A creer a Miranda, su gente lo adora no obstante el poco tiempo que manda al batallón. Entre los compañeros ya había yo comprobado que se le respeta. Ha de ser un buen segundo de Quiroga.

-Si usted no se me ofende, le diré que a mí me gusta bastante más que el general creado por usted. No es -204- tan ambicioso, y en cambio siente más profundamente la necesidad de acabar con el servilismo. Claro que mis alcances de comerciante no son comparables a los maquiavelismos de quien maneja los secretos de Estado y la taumaturgia política como vos -dijo Mendizábal sonriente.

Charlaron, comieron, volvieron a charlar conservando siempre Alcalá Galiano un tono dogmático y su interlocutor el matiz ligeramente zumbón que casi nunca abandonaba. A las cuatro regresó Riego. Al poco tiempo se presentaron Miranda y el comandante del batallón de Sevilla.

Riego le saludó cariñosamente. Preguntó a Miranda si le había informado de algo por el camino, y ante la contestación negativa de su subordinado, rogó al comandante del batallón de Sevilla que se sentase para darle cuenta de los planes preparados y recabar su colaboración el día primero.

Habló Alcalá Galiano sobre la necesidad de actuar rápidamente y del gran respaldo que el movimiento tenía en importantes sectores políticos, militares y civiles que «todavía no era hora de dar a conocer, por los altos puestos que algunos de ellos desempeñaban»; a continuación Mendizábal, con palabra llana, se esforzó por convencer al comandante de que quienes como él habían dado una vez la libertad a España, estaban en la obligación de ayudar a recuperarla. Por último, Riego, elocuente y persuasivo, expuso cuál debía ser la intervención del batallón de Sevilla en las operaciones planeadas. Resaltó la importancia que para el triunfo significaba la actuación decidida y puntual de aquel batallón y de la gloria que su comandante alcanzaría.

El comandante escuchaba con aparente atención. No interrumpió una sola vez; no pidió una sola aclaración. No perdía una palabra ni un gesto de quien estaba hablando. Mendizábal lo observaba curiosamente. No acababa de entender el prolongado silencio del comandante. Cuando Riego hubo terminado, se dirigió a su compañero preguntándole:

-205-

-¿Está usted conforme y dispuesto, mi comandante?

El interrogado pareció despertar de un sueño, tosió, se atusó las guías del bigote y en medio de la expectación de los cuatro que le escuchaban, respondió:

-Totalmente de acuerdo, mi teniente coronel... siempre que para actuar me dé usted una orden firmada por el general en jefe señor Conde de Calderón.

Miranda, creyendo que se trataba de una broma, no pudo contener una carcajada, pero Riego y Mendizábal se dieron cuenta de que habían dado un paso en falso, y el primero, con cierta indignación y poniéndose en pie para dar más fuerza a sus palabras, increpó duramente al extraordinario comandante.

-Mi comandante, no entiendo su respuesta, tan fuera de lugar, que ya ve usted el efecto en un hombre entusiasta y sincero como el capitán Miranda. Me habían asegurado que su batallón estaba preparado y que usted era persona

con quien se podía contar. A estas alturas o se está con nosotros o con la camarilla fernandina, y no me es posible creer que quien conozca la situación del expedicionario y las perspectivas inmediatas de salida, no se preste a cooperar en nuestra patriótica tarea. Espero, por tanto, que no haya sido la respuesta que acabamos de oír su última palabra.

-Pero ¿y si no sale bien el movimiento? ¿Con qué me cubro entonces?

-¿Y con qué me cubro yo atacando al cuartel general? -replicó Riego próximo a estallar ante la pazguatería del jefe del batallón de Sevilla.

-Cuando usted está decidido, sus razones tendrá; yo tengo las mías para no actuar sin orden del general jefe, -dijo, y se puso de pie solemnemente.

-Cuidado, comandante -terció Alcalá Galiano-, nosotros respetamos, aun sin compartirlo, su modo de proceder. No dé usted, si no quiere, el paso adelante; pero conociendo los planes, un paso atrás tiene su calificación y sus consecuencias. No lo olvide.

El comandante de Sevilla, sin añadir palabra, hizo una ligera inclinación de cabeza, a manera de saludo, y -206- se retiró sin que nadie hiciera nada, ni por retenerle, ni por acompañarle.

-Pero ¡este hombre es un perfecto imbécil! -exclamó Mendizábal.

-Es usted muy benévolo, don Juan. Más que imbécil, lo considero un miserable -sentenció Riego-. Miranda -agregó-, procure usted ponerse al habla con el segundo jefe del Sevilla, Osorio, que vigile a este traidorzuelo y que, llegado el momento, se haga cargo del mando, después de poner a buen recaudo al comandante. Este incidente, señores -continuó dirigiéndose a Mendizábal y a Alcalá Galiano-, es el argumento máximo para el adelanto de la fecha. Se hace preciso actuar con toda rapidez y sigilo. Como delante de él se ha hablado del 1 de enero y él se ha negado a secundarnos, es casi seguro que crea que habrá cambio de fecha. Mi opinión es, en consecuencia, que persistamos en el plan por ustedes propuesto. ¿No les parece?

-Conforme -contestaron a una los dos conspiradores civiles.

Estrecharon la mano de Riego, que salió hacia el cuartel, se enfundaron en sus redingotes, calzaron los guantes, y en compañía de Fernando Miranda, quien fue con ellos a caballo hasta la salida del pueblo, regresando luego don Juan Álvarez Mendizábal y don Álvaro Alcalá Galiano, acción y verbo de la conjura, comentaban carretera adelante la entereza y la actividad de Rafael del Riego.

* * *

Y así nació el domingo 1 de enero de 1820 en el pueblecillo sevillano de Las Cabezas de San Juan. Riego había pasado la noche en vela ultimando los detalles de su actuación en compañía de varios de sus oficiales. Lo importante era la coordinación de movimientos. Si los demás cumplían como él estaba dispuesto a cumplir, el servilismo iba a encontrar rápido fin. A las ocho de la mañana se retiró a su cuarto para vestirse de manera apropiada a la solemnidad del instante histórico del -207- que iba a ser principal protagonista. Pero dejamos a la pluma ingenua de uno de los testigos de los hechos la narración de lo sucedido.

He aquí el texto de la carta dirigida en 1827, desde su destierro de Somers Town, en Inglaterra, por el capitán don José Rabadán al hermano de don Rafael del Riego.

«Vámosle venir hacia la plaza, con un paso marcial y mesurado, conversando con Miranda; y eran las nueve en punto cuando se presentó delante del batallón. Traía puesta una levita gris; un sable corto de vaina de acero pendía de un cinturón, y tirantes blancos acharolados; y el bastón de caña asido de la diestra mano. Los soldados que le aguardaban impacientes al verle llegar no podían contenerse de gozo en la formación, y le miraban de hito en hito, procurando descubrir lo que decían sus ojos. Todos les teníamos fijos en él y hasta procurábamos no resollar para no perder la menor palabra que saliese de sus labios. El caudillo nos miró a todos y a todos nos saludó: colgó después su caña de un botón de la levita; desenvainó el sable, e hizo con él

seña al tambor de órdenes para que tocase llamada de oficiales, y todos volamos a nuestros respectivos puestos desnudando las espadas. En seguida hizo salir al piquete en busca de la bandera. Llegó esta sagrada insignia, y después de recibida con los honores de ordenanza, mandó descansar sobre las armas.

»Su vista penetrante y expresiva ya comenzaba a hablarnos y su voz acabó por decir lo que su gesto indicaba en el siguiente discurso que dirigió a la tropa: “Soldados, mi amor hacia vosotros es grande. Por lo mismo, yo no podía consentir, como jefe vuestro, que se os alejase de vuestra patria en unos buques podridos para llevaros a hacer una guerra injusta al Nuevo Mundo; ni que se os compeliere a abandonar a vuestros padres y hermanos, dejándolos sumidos en la miseria y opresión. Vosotros debéis a aquéllos la vida, y por tanto es de vuestra obligación y agradecimiento el prolongársela, sosteniéndolos en la ancianidad; y aun también, si fuese necesario, el sacrificar las vuestras para romperles las -208- cadenas que les tienen oprimidos desde el año 14. Un rey absoluto a su antojo y albedrío les impone contribuciones y gabelas que no pueden soportar, los veja, los oprime y por último colmo de sus desgracias, os arrebató a vosotros, sus caros hijos, para sacrificaros a su orgullo y ambición. Sí, a vosotros os arrebatan el paterno seno, para que en lejanos y opuestos climas vayáis a sostener una guerra inútil, que podría fácilmente terminarse con sólo reintegrar en sus derechos a la nación española. La Constitución, ¡sí, sólo la Constitución basta para apaciguar a nuestros hermanos de América!”

»Al concluir estas palabras llenas de fuego y pronunciadas con un entusiasmo que ya no podría expresar, levantó el sable, y vibrando su punta hacia los cielos, prorrumpió en un tono aún más elevado y decidido: “¡Sí, sí, soldados, la Constitución! ¡Viva la Constitución!”

»Este arrojado y generoso grito resonó por entre las filas como el eco entre las montañas, repitiéndose por todas ellas: “¡Viva la Constitución! ¡Viva nuestro comandante y libertador don Rafael del Riego!” Las mejillas del héroe se sonrosaron, y abriendo la proclama que tenía en la otra mano, la leyó en voz

alta y sonora; cuya lectura por boca del heroico jefe produjo en el ánimo de la tropa todo lo que en aquel momento pudiera desearse.

»El bando decía: “Don Rafael del Riego, teniente coronel de infantería, comandante del segundo batallón de Asturias y de las armas de esta villa, hago saber a todos sus habitantes, que por convenir imperiosamente al mejor servicio de la nación, ninguna persona de cuantas las componen salgan de ella en todo este día, ni a pie, ni a caballo, bajo la pena de ser pasados por las armas el que la contraviniera, de cualquier estado o condición que fuere; para lo que he mandado establecer un cordón en su circunferencia, cuyo comandante hará ejecutar este castigo, con el que infringiere esta providencia (lo que no espero). A igual pena condeno al que directa e indirectamente se opusiere a las medidas que por superior disposición voy a tomar, y no contribuyere con todos los medios que los alcaldes constitucionales -209- don Antonio Zulueta y Beato y don Diego Zulueta, el menor (que he nombrado con amplias facultades que tengo para constituirlos en el paternal encargo que les confiere la sabia Constitución española, la cual desde este momento vuelve a regir en toda su fuerza y vigor en toda la nación española), les puedan exigir o exijan, para el mejor éxito de la empresa, que de concierto con todo el ejército destinado a Ultramar y la mayor parte de los pueblos de esta provincia y demás de la Península, da principio en esta hora. Persuadido de que todos los dignos y pacíficos habitantes de este pueblo conocerán el origen y objeto de estas operaciones, que no deben ser seguidas sino de los mejores resultados, no temo remotamente verme en la necesidad de usar la fuerza que mando, la cual toda está decidida a sostenerme a todo trance; ni tampoco tener que derramar una sangre inocente, quizá víctima de la más detestable y maliciosa ignorancia, que arrancaría de mi sensible corazón las más amargas lágrimas de dolor y desconsuelo. Para que llegue a noticia de todos y ninguno pueda alegar ignorancia, se publicará solemnemente en la forma acostumbrada y se fijará en los mismos términos. Dado en el primer Cantón Constitucional del Ejército nacional y patriótico, a primero de enero de 1820. Rafael del Riego.”

»Terminada la lectura, el inmortal jefe mandó formar pabellones y dio orden para que se comieran los ranchos. Volvió a recomendar que no faltara jamás

un oficial del lado de su compañía. También dijo que como a las tres de la tarde íbamos a formar para dejar el pueblo, y que antes de hacerlo se daría a la tropa una ración de pan, queso, vino y aguardiente.

»A las dos y media de la tarde se presentó en la plaza el ayudante don Baltasar Balcárcel, quien por orden del jefe formó el batallón; y a las tres en punto un ¡Viva! general de entusiasmo anunció la llegada del inmortal Riego... Después de tocar llamada de oficiales pronunció un discurso breve y elocuente que acabó de arrebatarnos haciéndonos prorrumpir en nuevos vivas, que salían -210- de nuestros labios con la mayor sinceridad y entusiasmo. Luego, mandando formar por mitades en columna a la derecha rompió la marcha con dirección a la ciudad de Arcos. La compañía de cazadores quedó cercando el pueblo, con orden de permanecer así hasta las siete de la noche.

»Luego que dejamos el pueblo nos ordenó silencio, reinando la mayor disciplina entre las tropas. Nuestra marcha exigía toda esta precaución, porque a no más distancia de dos leguas se hallaba acantonada en la villa de Lebrija la segunda división de infantería mandada por el brigadier Michelena.»

Hasta aquí la carta del capitán de la quinta compañía del batallón de Asturias, que mediante la expatriación evitó la pena de muerte en garrote vil a que fuera condenado en 1823. Poco nos queda ya por contar de lo acaecido. Riego con su fuerza avanzó hasta Arcos de la Frontera. Osorio, fiel a su compromiso, había salido de su acantonamiento de Villamartín con el batallón de Sevilla, pero al no encontrarse al de Asturias en las cercanías de Arcos, por un retraso en la marcha de Riego, decidió esperar a que se hiciese de día. No se encontraron, pues, ante la plaza en la que estaba el cuartel general del ejército expedicionario, pero Riego, decidido a seguir adelante, arengó a la tropa y a pesar de saber que tenía enfrente fuerzas mucho más numerosas atacó Arcos por uno de los huecos de sus viejas murallas. La guarnición y el cuartel general fueron de tal manera sorprendidos que el resultado de la jornada fue la captura del general en jefe, señor Conde de Calderón, y de los generales Blanco, Salvador y Fournás. Los gritos de entusiasmo de la gente del batallón de Asturias resonaban por las empinadas callejuelas de la vieja

ciudad que preside en lo alto de su roca arenisca la iglesia gótica de Santa María, cuyas campanas se lanzaron al vuelo, estremeciendo las aguas crecidas del Guadalete que casi rodean la estratégica plaza. Riego, a caballo en la plaza, teniendo a sus espaldas los muros de cantería de la iglesia, habló a la guarnición, logrando que se uniera ésta -211- rápidamente a su empresa. El golpe principal estaba dado. La noticia circuló por España. Sin embargo, el resto de las guarniciones no actuaban. Un retraso lamentable de Quiroga complicó la situación en el Sur. Riego siguió su marcha llevando junto a él a don Juan Álvarez Mendizábal. La Constitución se proclamó por ellos en Jerez de la Frontera. De allí, a San Fernando y al Puerto de Santa María, donde se les unieron el brigadier O'Daly, el comandante Arco Agüero, los hermanos San Miguel y otros jefes que habían estado prisioneros desde julio en el castillo de San Sebastián. Pero el soplo no prendía y todo amenazaba con hundirse. La columna de Riego era casi una columna fantasma. Las deserciones comenzaban..., y entonces, poco a poco, el fuego de la sublevación fue prendiendo en Galicia, en Cataluña, en Aragón. La Corte se asustaba. Al llegar marzo, Fernando VII dispuso poner al frente del ejército de Extremadura, para combatir a los rebeldes, a don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación. En aquel momento, no sabemos de dónde, renacieron los ocultos y profundos sentimientos liberales del señor conde. Grave, pomposo y mayestático frente al regimiento imperial Alejandro que en Ocaña mandaba su hermano Leopoldo, el prócer abrió la boca para dejar salir el grito de «¡Viva la Constitución!». Alarmado el monarca, firmó el 10 de marzo el «Manifiesto del rey a la nación española». También el rey felón sentía brotar en su alma los sentimientos constitucionales: «He oído vuestros votos y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad.» Por la vieja y curtida piel del toro brotaba alegremente el ingenuo decir: «¡Viva la Pepa!». Su majestad, después de haber hecho su solemne declaración -«Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional»-, oía el estallido popular en la tonadilla del *Trágala*. En los ratos de ocio Fernando trenzaba una larga cuerda de esparto con la que contaba años más tarde ahorcar al Liberalismo, en la

persona del caudillo que había tenido -212- el valor de oponerse a sus reales deseos y a la camarilla de los serviles.

Las blancas y regordetas manos del rey majo trabajaron bien. El 7 de noviembre de 1823 salía de la Cárcel de Corte de Madrid con hopa y birrete de criminal, tirado en un serón que arrastraba un asno, el que fuera comandante del batallón de Asturias. En la plaza de la Cebada se levantaba una horca, de ella pendía la cuerda amorosamente tejida por Fernando VII. Cuando la fúnebre comitiva llegó, el verdugo pasó por el cuello de don Rafael del Riego el lazo corredizo de esparto, dio el empujón, y mientras el cuerpo bailaba con los espasmos lúgubres del ejecutado, manos serviles aplaudían la justicia que había mandado hacer el rey nuestro señor.

Seis días más tarde las mismas manos tiraban del carro triunfal en el que hacía su entrada, sonriente, y satisfecho de su justicia, acompañado de la reina, el tejedor de la corbata que sirviera de horca a Rafael del Riego.

Se había iniciado la «ominosa década».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

